Una novela sobre lo caro
que resulta ser joven

Se alquila habitación

Carlota
Font
Castelló



SUMA

Carlota Font Castelló

Se alquila habitación

Traducción de
Noemí Sobregués

SUMA de letras

A mis abuelos

1

Llego tan tarde a la cena que solo queda una silla libre y en el peor de todos los sitios: muy cerca de Bonaventura. Cuando me ve, se le hincha la papada con una sonrisa, repiquetea en la mesa con las dos manos y pide que me traigan un gin-tonic.

—Empezaba a pensar que me habías abandonado —me suelta en cuanto me siento.

Busco a Irene, que está en la otra punta de la mesa, y con los ojos le digo: Auxilio. Ella me responde: Buena suerte. Y también: ¿Dónde estabas?, ¿por qué has llegado tan tarde? Niego con la cabeza, como si fuera demasiado para contarlo. Si no le explico nada a nadie, puedo fingir que no ha pasado.

Ocupamos la mesa del centro del restaurante, que tiene un techo altísimo, lleno de lámparas que caen de forma irregular, y platos a la carta con nombres como «fiesta cítrica en diferentes texturas». Han invitado a todos los artistas de la galería a la celebración y somos unas veinticinco personas. Cuando por fin llega el gin-tonic, Bonaventura hace ya rato que me come la oreja contándome todo lo que odia de su exmujer, que es holandesa, convencido de que yo lo entenderé.

—Cuando te contraté no sabía que habías estado allí de erasmus. Otra cosa más que tenemos en común, ¿eh?

Intento concentrarme en la comida, pero es tan escasa que acabo pidiendo una segunda copa.

—¿Te cuento un secreto? La noche que decidí divorciarme teníamos una inauguración y acabé en la cama con una de las artistas. ¡No voy a decirte quién, eso no! Pero tampoco hay tantas opciones viables, así que ya te lo puedes imaginar.

Por desgracia, me lo imagino.

Cuando me levanto para ir al baño, antes de los postres, Bonaventura me sigue.

—¿Quieres saber otro secreto? —pregunta, y tengo que hacer un esfuerzo para recordar que es mi jefe y que estaría mal visto pedirle que, por favor, deje de hablarme tan cerca de la cara. Está rojo del vino y se ha aflojado la corbata. Cuando abre la cartera y saca coca no me sorprendo. Otra cosa que se hace mucho en Ámsterdam, ¿eh?

El baño del restaurante es todo dorado, desde las paredes hasta el lavabo. Me miro en el espejo y veo que tengo los ojos rojos. ¿Ya rojos o todavía rojos? Sé que no es buena idea, pero solo son las once, así que le pregunto si tiene una llave.

Después llega el champán. Volvemos a la galería y alguien pone ABBA por los altavoces, como si estuviéramos en un karaoke. Canto «Dancing Queen» y también «Gimme! Gimme! Gimme!». Cuando llega «Money, Money, Money», recuerdo que no tengo nada de *money* y voy a buscar a Bonaventura para hacernos otra raya.

—¿Cómo es que os gustan canciones tan viejas como yo? —me pregunta, y creo que quiere que le diga que no es viejo. Y no lo es, la verdad, pero sí que me dobla la edad.

Cuando se acaba el champán todavía queda cava. Y después vino. Las persianas no son de metal sólido y la gente nos mira desde la calle.

—¡Hola! —grito—, ¿queréis bailar?

No sé si nos oyen a través del cristal. Se rompe una copa. Las personas que llevan un ritmo de vida normal empiezan a marcharse. Bonaventura quiere saber quién continuará y vendrá al Apolo. Pedimos un taxi, pero después lo cancelamos y vamos andando.

Irene se acerca a preguntarme si me encuentro bien. Podría contarle que Eloi me ha dejado después de casi tres años juntos, pero, si lo hago, se sentirá obligada a ponerme cara de pena y no me apetece que termine la noche.

Mi abuela me espera en el patio de la residencia, sentada en la silla de ruedas y con los ojos cerrados, tomando el sol. Lleva una camisa de flores y un pañuelo rojo al cuello: un conjunto completo para su cumpleaños. Cuando me acerco veo que también le han puesto rímel, la han peinado y le han pintado las uñas.

—Estás guapísima —le digo cuando le doy el ramo de tulipanes amarillos, y ella me sonríe y me aprieta los muslos con sus manos delgadas.

Hablamos de la coincidencia de que hoy sea su cumpleaños y también su santo, cosa que no pasa a menudo porque el Viernes de Dolores depende del Viernes Santo y cambia cada año. Cuando era pequeña no entendía cómo se llamaba exactamente mi abuela, porque en casa todo el mundo la llama Lolita, pronunciado «Lulita», y de ahí a Dolores hay un buen trecho. Ahora entiendo el cambio,

porque, la verdad, ¿quién quiere llamarse Dolores? O, mejor dicho, ¿quién llama así a su hija? Quizá mi abuela fue muy dura de parir.

—Ay, nena, que te sangra la nariz.

¿Cómo? Me llevo la mano a la cara y veo que sí, que me sale sangre. De repente todo lo que bebí anoche se me junta en el estómago y me mareo, aunque estoy sentada. Soy ridícula. Bonaventura esnifa rutinariamente para desayunar y todo bien, pero yo pruebo la cocaína por segunda vez en mi vida y me chorrea la nariz.

Mi abuela me pregunta si me encuentro bien, si necesito algo, y me ofrece un pañuelo blanco de tela que lleva siempre en el bolso. Pienso en decirle la verdad: que no estoy bien porque Eloi se ha ido, que ahora vivo sola en un piso que no puedo pagar y que creo que mi jefe solo contrata a chicas a las que querría follarse… Pero mi abuela Lolita, que hoy cumple noventa años, me mira con los ojos pintados y al final digo que sí, que todo bien, que no entiendo qué ha pasado.

Luego hablamos del tiempo, de pasteles de crema versus pasteles de chocolate y, al final, de mi abuelo, que se quedó a las puertas de cumplir los noventa años con ella. Cuando pienso en mi abuelo me encuentro peor que esta mañana, cuando ha sonado el despertador, o que anoche, cuando vomitaba. Me siento incluso peor que en el momento exacto en que Eloi me dijo: Abril, creo que tenemos que dejarlo.

Odio pensar que Eloi asistió al funeral de mi abuelo. No somos una familia de esas unidas en las que todos los primos veranean juntos y se cuentan secretos. Nosotros nos llamamos en los cumpleaños y nos reunimos en Navidad. En el funeral de mi abuelo

todo el mundo le dijo: Ah, tú eres Eloi, el de Abril. Encantado. Qué guapo eres. Qué alegría conocerte por fin.

Dos meses después, ya no es mío. ¿No sabes dos meses antes que piensas dejar una relación de tres años? Mi abuelo lo conocía. Supongo que habría sido feo que no viniera. Quizá lo que me molesta no es que Eloi viniera al entierro, sino que ahora ya nunca estaré con nadie que haya conocido a mi abuelo de primera mano. Él sabe lo alto que era, que siempre llevaba el pelo blanco perfectamente peinado y lo oyó hablar de bicicletas.

—Abril, estás en la luna —me dice mi abuela—. ¿Por qué no me cantas una canción?

—Abuela, canto fatal. De verdad.

—De pequeña te llevábamos de excursión y cantabas en el coche. No dejabas de hablar y también cantabas. Te entretenías tú sola. Nos lo pasábamos bien, ¿verdad que sí?

—¿Cantaba? ¿Qué cantaba?

—Cantabas, no sé. Quizá canciones que aprendías en la escuela. Ahora hace mucho que no voy de excursión. Ya tengo ganas de salir de aquí, ¿sabes? Nos cuidan bien. Estoy bien. Pero ya tengo ganas de volver a casa.

—Ya.

Sé que lo mejor que puedo hacer es hablar inmediatamente de otra cosa, lo que sea, pero tengo el cerebro seco y deshidratado, y el sol no ayuda.

2

Al día siguiente aún no le he dicho a nadie que Eloi se ha ido de casa. Los sábados son los días más movidos en la galería y me los paso repitiendo las mismas conversaciones una y otra vez. ¿De qué material son estas esculturas? ¿De dónde es esta artista? ¿Cuánto vale este cuadro?

A media mañana, Pau Palaus, uno de nuestros pintores, trae obra nueva. Pau me cae bien porque todavía no puede creerse que lo que pinta tenga éxito. Curra toda la semana como diseñador gráfico en una agencia publicitaria y hace un año tuvo la idea de enganchar un bolígrafo al ratón del ordenador para que siguiera todos sus movimientos en un folio y que el resultado lo sorprendiera. El viernes de esa misma semana tenía cinco folios A4 y un título: «Una semana de oficina». A la gente del arte se le mojaron las bragas. Qué conceptual. Qué fresco. Qué crítica más sutil al mundo laboral del siglo XXI.

Por suerte también sabe dibujar y hace piezas más comerciales que se venden fácilmente y que mantienen a Bonaventura contento. Hoy ha traído dos cuadros abstractos en tela de lino hechos con tinta, que venderé explicando la técnica y los materiales, y un dibujo a lápiz y bolígrafo en papel en el que ha deconstruido el retrato de

una chica, que se venderá solo porque la gente está obsesionada con caras y mapas.

Seguro que a alguien le sorprenderá que sean del mismo artista, y yo diré: Si os fijáis, sean obras figurativas o abstractas, el artista solo trabaja los blancos y los negros y nunca utiliza materiales tradicionales como el óleo o el acrílico. Él parte de la materia y lo que se plantea siempre es: ¿Qué puedo hacer con ese material?, ¿qué posibilidades me da?

Aunque no tenga demasiado sentido, como solo lo digo en voz alta y no pueden leerlo, les parecerá que suena bien. De todas formas, la gente que compra suele ser la que menos pregunta. Entran, tienen pasta, les gusta y se lo llevan.

—Casi no hablamos el otro día en la cena —me dice Pau.

Pienso que quizá va a preguntarme por qué llegué tarde y mi mente se transforma en una partida de ping-pong.

Si él dice: ¿Por qué llegaste tarde? Yo digo: Porque tenía clase.

Si él dice: ¿Qué estudias? Yo digo: Hago un máster de historia del arte.

Si él dice: ¿Y tenéis clases tan tarde? Yo digo: Normalmente no, era un seminario especial.

Si él dice: ¿De qué era el seminario? Yo digo: Una tía muy top que colabora con el CCCB vino a darnos una charla.

Si él dice: ¿Blanca Darté? Yo digo: ¿La conoces?

Si él dice: Sí, es mi compañera de piso, y que yo sepa el seminario lo impartió el miércoles. Yo digo: Pues sí. Te he mentido para no contarte que estuve llorando durante dos horas después de que mi pareja me dijera que se ha aburrido de mí.

Pero, por suerte, en realidad a Pau no le importa por qué llegué tarde a la cena y solo quiere ser educado y preguntarme cómo me va todo. Yo tengo que mentir solo un poco.

A mediodía, cuando paro para comer, me llama mi madre y me cuenta que ha decidido alquilar el piso de mis abuelos. Está convencida de que mi abuela ya nunca podrá volver a vivir sin la ayuda de una enfermera las veinticuatro horas del día y que es mucho mejor para ella quedarse en la residencia. Ya lo ha hablado con su hermana, mi tía Ivet, y creen que estaría bien comunicárselo a mi abuela todas juntas. Yo le dejo muy claro que no tengo ninguna intención de colaborar. Estoy de acuerdo con ellas, mi abuela no puede vivir sola, pero no quiero ser yo quien se lo diga. Tampoco creo que ninguno de los tres hijos de mi tía se presente. De hecho, dudo que siquiera se lo hayan pedido.

—Abril, no todo es una estrategia sexista. Te lo he dicho a ti porque eres mi hija y porque tus primos no viven en Barcelona.

Cuando cuelgo, me doy cuenta de que mi madre no me ha preguntado por Eloi. ¿Por qué iba a hacerlo? En su cabeza y en la de todo el mundo, incluyendo la mía hasta hace dos días, todo nos va bien.

La realidad me pega una bofetada cuando por la noche llego a casa y me encuentro medio piso vacío y un pósit en el escritorio que dice: «Me he llevado la tele, porque la pagué toda yo, y mi ropa. También he cogido la tetera de mi bisabuelo. En cuanto a lo demás, ¿qué te parece si te vendo mi mitad?».

Junto al pósit ha dejado su juego de llaves. Tampoco me esperaba otra cosa. Eloi nunca da un paso atrás después de haber tomado una decisión. Miro a mi alrededor y hago una lista mental de todas

las cosas que hemos comprado para llenar este piso: el escritorio de vidrio, el sofá, una cajonera blanca y una negra (que pienso tirar), la lavadora, la estantería llena de libros, la cama y los platos. Incluso ha dejado atrás la puta lámpara de lava que insistió en comprar.

Por suerte, es un piso minúsculo y no tenemos comedor, ni terraza, ni espacio para poner armarios. Aun así, el silencio es demasiado grande, y para no echarme a llorar me enfado, abro la app de mi banco y le hago una transferencia. Después decido que no me queda suficiente dinero para cenar y me voy directamente a la cama, que ahora es toda mía pero aún huele a él.

La entrada para ver *The Batman* cuesta nueve euros, un euro más de lo que cobro por hora; total, para que me cuenten la misma historia que en las cincuenta versiones anteriores. Júlia, Paula, Raquel e Irene —mis amigas— se sientan en la última fila y comen palomitas. El volumen de la película es ensordecedor, tanto que la sala vibra. Hoy no soy capaz de concentrarme. Preferiría estar en una discoteca petada de gente sudando que hundirme poco a poco en la butaca aguantándome el pipí. Tendría que haberme sentado al lado del pasillo. Me distrae el masticar pastoso de la mujer de delante y quiero mirar el móvil. ¿Por qué no me escribe? Ya debería haber recibido el dinero.

Cuando salimos, las chicas ven que tengo mala cara y me preguntan si estoy bien. Irene insiste porque desde la cena de empresa he ignorado todos sus mensajes y me conoce demasiado. Al final les cuento el drama de los últimos días y la reacción general es de incredulidad.

Hace un año que Eloi y yo vivimos juntos, tres que salimos y ocho que nos conocemos. Cuanto más lo pienso, menos me sorprende que sintiera que solo estábamos juntos por inercia.

—¿Qué harás con el piso? —me pregunta Irene, que es la más consciente de mi sueldo.

—Creo que lo mejor que puedo hacer es alquilar la habitación que Eloi utilizaba como despacho y pedir más horas en la galería. Lo que sea menos volver a casa de mis padres.

Tanto las que todavía viven con los suyos como las que ya se han independizado me entienden. Llegamos al mexicano donde habíamos reservado y, pensando en los doscientos euros que me quedan para terminar el mes, pido agua y los dos tacos más baratos del menú. Al final, cuando toca pagar, la cabrona de Júlia dice que por qué no lo dividimos a partes iguales, y las demás no protestan. Ni siquiera Irene. Estoy a punto de matar a Júlia cuando al salir se me acerca y me dice que conoce a una persona a la que podría interesarle alquilar la habitación.

—Tendrá nuestra edad. El otro día me tocó volar con ella y me contó que buscaba piso. Se llama Emma y parece muy maja. ¿Le paso tu contacto?

Emma tiene veinticinco años y me saca una cabeza. Lleva el pelo teñido de rubio platino, cortado recto justo por debajo de la barbilla, muy liso. Tiene la nariz afilada y se delinea los ojos verdes con un *eyeliner* perfecto. Es delgada y el uniforme de azafata que lleva parece hecho a medida. La falda de tubo y la americana, de un gris muy oscuro, se le ciñen al cuerpo. Va con medias negras, mocasines planos y el pañuelo de Vueling amarillo atado al cuello con un lazo.

—Me sabe mal venir tan tarde —me dice cuando la hago pasar—, pero no quería esperar a mañana.

—Me sabe peor a mí, que no he tenido tiempo de vaciar la habitación. Ya sé que es pequeña, pero imagínatela sin el escritorio y sin las plantas.

—Es genial.

—¿Sí?

—¿Cuándo podría entrar?

—Cuando quieras.

Tiene más prisa que yo por trasladarse, cosa que no creía posible. Quiero preguntarle por qué, pero no la conozco de nada y es mejor mostrar que soy una persona respetuosa con su privacidad y que, por lo tanto, seré una excelente compañera de piso.

Una semana después, Eloi aún no se ha dignado a dar señales de vida, y yo no puedo arrepentirme más de la transferencia que le hice. Bonaventura me ha dicho que sí a hacer más horas, pero ha decidido que la mejor manera de hacerlo es abriendo la galería los domingos y pagándome en negro porque no quiere a nadie en nómina a jornada completa. Sinceramente, mejor no quejarme. Podría haberme dicho que no y entonces me habría quedado sin piso. Ahora voy ahogadísima porque no tengo tiempo de sentarme a escribir el trabajo de fin de máster, y, aunque lo tuviera, ya no hay escritorio, pero aguanto.

Emma ha traído sus cosas, se ha montado una cama de IKEA y me ha ayudado a vender los muebles que ya no nos cabían en casa. También ha decidido adoptar las plantas, que hemos colocado en el mueble de la televisión vacío, y tengo la esperanza de que entre ella y yo las mantendremos vivas.

Aún no entiendo cómo funcionan sus horarios: unos días trabaja doce horas seguidas y otros solo cinco. Tampoco tiene días fijos a la semana, y a menudo está en *stand-by*, libre pero no libre, y se dedica a ver Netflix en su habitación. Es raro que ahora haya una habitación en mi casa en la que no puedo entrar. Incluso los vecinos de enfrente, que ven nuestras habitaciones, tienen más acceso a esa parte de mi casa que yo.

Además, cuando se marcha, Emma deja la puerta de su habitación cerrada, y nunca me atrevo a abrirla por miedo a que un día, creyendo que no está, en realidad sí que esté, abra la puerta y, yo qué sé, me la encuentre masturbándose en silencio. A mí no me gusta cerrar la mía porque quita mucha luz al resto del piso, pero es verdad que me hace sentir un poco expuesta y me obligo a hacer bien la cama cada día y a doblar la ropa cuando llego a casa en lugar de apilarla en la percha.

Cuando coincidimos no es terriblemente incómodo. Es supereducada y no habla mucho, pero siempre me dice: Pásatelo bien, cuando le cuento que voy a clase, o a una inauguración, o a una charla, o al trabajo, o a correr. Y yo le contesto: ¡Gracias!, y pienso que es un poco raro que ella no salga nunca si no es para ir a trabajar.

3

Durante los ocho meses que duró el embarazo, mis padres no me pusieron nombre. Mi madre quería uno que fuera fácil y similar en muchas lenguas, como Laura o Victòria. Mi padre quería llamarme Joana porque él se llama Joan, su padre se había llamado Joan y el padre de su padre también.

Durante una temporada estuvieron de acuerdo en Georgina, hasta que un día mi primo dijo: ¿Cuándo nacerá Geografía? Y lo dejaron correr.

Entonces mi madre se puso de parto prematuro, nací y todavía no tenía nombre. Fue mi abuelo, cuando vino a verme al hospital, el que dijo: Esta criatura tenía prisa por nacer hoy. ¿Por qué no la llamáis Abril? Era 30 de abril, el último día del mes, y aunque mis padres no son nada románticos, supongo que el cansancio les hizo decir que sí. Años después, en una de las muchas excursiones que hacíamos a Montserrat, mi abuelo me confesó que cuando les había propuesto que me llamaran Abril pensaba en el «Virolai». Hoy es 30 de abril y cumplo veinticuatro años. Es el primer año que mi abuelo ya no está, pero todavía lo oigo cantar: *Rosa d'abril, morena de la serra*…

He pedido el día libre en el trabajo y estoy en casa de mis abuelos porque mi madre me ha amenazado con que, si no iba esta semana

y elegía lo que quería conservar, me quedaría sin nada. Ella se ha llevado un cuadro de unas naranjas que estaba colgado en el recibidor y mi tía las copas de cava. Los álbumes y las fotografías enmarcadas se los llevarán a mi abuela cuando le anuncien que tiene que quedarse en la residencia permanentemente. No tengo ni idea de si mis primos han venido y elegido algo. Tampoco tengo muy claro lo que quiero llevarme yo.

Voy al despacho de mi abuelo y me pongo a abrir cajones. Tiene que ser algo lo bastante pequeño para mi piso, o lo bastante útil, como unas tijeras. Me siento una ladrona, porque todo huele aún a él, y por más que sepa que está enterrado no dejo de imaginarme que aparecerá por la puerta.

—Abril, ¿qué andas rebuscando? —me diría.

Y a mi abuelo no se le podía mentir.

—Estás muerto, pero, si puedes escucharme, me sabe mal no haber llegado a tiempo para despedirme.

Al final encuentro una baraja de cartas españolas impresas para la Exposición Internacional de Barcelona de 1929, que fue antes de que naciera mi abuelo, y por lo tanto debían de ser de su padre. Las busco en Google, veo que las venden por noventa y cinco euros y decido que son una buena herencia. También me llevo cinco cucharas, cinco tenedores y cinco cuchillos de la cubertería, y una foto de mis abuelos en su luna de miel, detrás de la cual, en mayúsculas, mi abuelo escribió: «MALLORCA, 1958». Las dos aes tienen la barra de en medio tan baja que en realidad son triángulos y parecen casitas.

Un año después de esta foto nació mi madre. Ahora que lo pienso, mi abuela solo tenía veintiséis años. Me imagino a mí embarazada,

con la barriga tan gorda que no puedo verme los pies, y me entra claustrofobia. Bastante tengo con estar aquí. Total, es solo una casa vacía y dentro de poco será de otra persona. Mejor ir a celebrar con los vivos, que me esperan para comer.

El lunes recibo dos sobres con buenas noticias: uno de Bonaventura con el dinero de las horas extras y otro de mi abuela con cincuenta euros por mi cumpleaños cuando voy a verla. Hoy no tengo resaca y cuando empieza a decir que está cansada de la residencia y que quiere volver a casa cambio de tema rápidamente.

—Abuela, ¿te acuerdas de Eloi?

—¿Cómo está?

—Seguro que bien, pero hace días que no hablo con él. Lo hemos dejado.

—Ah, ¿sí?

—Creo que se aburrió de nuestra rutina.

—Quizá se asustó cuando le dije que te cuidara.

La miro sin saber de qué habla, y ella me ignora como si lo que acaba de decir no fuera ninguna noticia. ¿En qué momento mi abuela y Eloi han hablado sin estar yo delante?

—Le dije que te cuidara mucho porque sé que tú a veces no lo haces. ¿Comes lo suficiente? Tienes buenos muslos y no estás gorda. Te veo bien.

—Gracias…

—Pero es importante que cocines y no solo compres comida preparada.

—Abuela, aparte del abuelo, ¿tuviste otros novios?

—Yo no tenía tiempo ni de pensar en tu abuelo como un novio. ¿No sabes que él era un señorito? Viajaba en primera, imagínate.

Hablar del pasado la anima. Me cuenta que ella vivía en un piso de la Verneda, al lado del campo del Júpiter, y que cada mañana tenía que cruzar toda la ciudad para ir a trabajar al Laboratorio Merck, que estaba en Tres Torres. Yo ni sabía que mi abuela había trabajado. Siempre me la había imaginado como siempre la he visto: en casa, cocinando y cuidando a todo el mundo. Ahora que lo pienso, incluso me da vergüenza. Mucho ir a clases de arte con perspectiva de género, pero a mi propia abuela ni le había preguntado qué había hecho con su vida antes de ser mi abuela.

Tenía solo once años cuando su padre se cayó desde lo alto de un edificio y se mató. Era estucador, y en aquella época no iban bien atados, me cuenta. Su madre estaba embarazada de la que sería su séptima hija, y con un solo sueldo no tenían ni para empezar. La solución fue repartir a sus hijos.

A Lolita le tocó quedarse con sus abuelos maternos, que eran masoveros de un chalet de Sarrià propiedad de la familia Guarro —los del papel— y tenían espacio suficiente para acogerla. Un año después, terminada la escuela, entró a trabajar en el laboratorio con su madre. Se dedicaba a llenar y cerrar viales, a llevar muestras al Hospital Clínic para que las testaran y a cuidar a los hijos del jefe cuando su mujer se cansaba de ellos.

Poco a poco empezó a hacer vida en un barrio que no era el suyo y que estaba muy por encima de sus posibilidades económicas. Salía a bailar, iba al cine y de vez en cuando invitaba a sus amigos a fiestas en el jardín del chalet, porque, total, los propietarios nunca estaban. Mi abuelo Andreu era un chico del barrio. No tan rico como

los Guarro, pero ni de lejos tan pobre como mi abuela. Su padre tenía una empresa de construcción y se dedicaba a levantar casas con piscina para la gente de bien en la costa catalana.

—Trabajó desde que era muy pequeño, ¿sabes? Su padre se lo llevaba siempre a las obras. Ahora una casa en Castelldefels, ahora en Garraf. Siempre estaba fuera. Después, cuando tuvo edad, se puso a estudiar.

A los dieciocho años mi abuela se trasladó a la Verneda. A su madre le concedieron un piso de ayuda social y por fin podían volver a vivir todos los hermanos juntos en una casa. Salía con mi abuelo, pero, como dice ella, no tenía tiempo de pensar si era algo serio o no. Terminada la carrera, él se marchó a hacer los dos años de servicio militar, y Lolita se quedó haciendo transbordo y cerrando viales. Dos. Años. ¡Dos años sin verse la cara!

Sin avisar, cuando ya había vuelto a Barcelona, Andreu fue a buscarla una tarde a la salida del trabajo. Había ido en coche e insistió en que quería llevarla a casa. Fue allí, en el barrio de ella, donde mi abuelo le preguntó si quería casarse con él.

—Qué historia tan bonita —le digo cuando termina.

—¿No lo sabías?

—No.

—¿Tu madre nunca te ha hablado de estas cosas? ¿Tampoco de la casa de la calle Rosari?

—Solo me ha hablado del hijo de puta.

Mi abuela pone cara de haberse comido un limón.

—Cuando vuelvas otro día, hablamos. Ahora no quiero pensar en ese hombre. ¿Qué hora es? Estos viejos siempre quieren comer muy pronto. Está todo tan lleno de viejos…

Empujo la silla de ruedas y la acompaño hasta el comedor. Cuando vuelvo en metro, no puedo dejar de pensar en los dos años que mi abuelo estuvo perdido por el Pirineo haciendo la mili. Como había estudiado arquitectura, lo enviaron al culo del mundo a hacer caminos, pero él tuvo claro lo que quería y a quién amaba, y cuando volvió no perdió ni un minuto.

Si el amor es bueno, no te cansas de él ni lo olvidas. ¿Lo oyes, Eloi? Vete a la mierda.

Cojo el móvil y envío dos mensajes: uno a mis padres contándoles que tengo una nueva compañera de piso y otro a Eloi: ¿No has recibido el dinero o qué? Podrías haberme dicho algo. ¿O es que no te parece suficiente?

El martes empiezan las prisas. Irene está desesperada porque anunció hace ya una semana por Instagram que el jueves habría una nueva exposición individual en la galería, pero aún no sabe de quién. No puedo seguir dando largas, me escribe. No vendrá nadie de provecho si no contamos de quién cojones tendremos cuadros. Acabaremos como la última vez, solo con gente que quiere emborracharse. Todo el equipo está igual, esperando que Bonaventura se ilumine.

—¡Abril! ¿A quién exponemos? —me pregunta cuando por fin pasa por la galería—. Tú estás de cara al público. ¿Por quién te preguntan últimamente?

—Cuelga a Pau, que nos trajo piezas nuevas.

—Es demasiado barato. Quiero algo potente, que ahora empieza la época fuerte.

Al final acabamos escogiendo arte para urracas: unos mapamundis brillantes que yo no pondría en mi casa ni aunque me pagaran pero que hace un mes le vendí a un multimillonario australiano que los ha colgado en el salón de su yate. La verdad es que me encanta vender piezas que me parecen horrorosas y admiro a los artistas que viven de hacer tanta mierda.

El miércoles pintamos las paredes de color gris oscuro, como hacen en los museos del norte de Europa, y enviamos una invitación a toda nuestra base de clientes. El jueves colgamos los cuadros, y a las ocho de la tarde la galería está llena. No dejo de servir copas de cava, e Irene no deja de servir copas de vino. Cuando tenemos un momento de descanso nos escondemos en el almacén y le hago compañía mientras fuma un váper con un olor a melocotón tan dulce que a mí me marea.

—Necesito tirarme a alguien —me dice—. Hace demasiado tiempo y estoy demasiado nerviosa.

—¿Piensas en alguien en concreto?

—No. Ya sabes que no soporto a esta gente. No entiendo cómo tienes paciencia.

—Tengo interés —la corrijo—. Pero no todos son tan terribles.

—Lo que necesito es que me encuentres un *sugar daddy*. Algún cliente que esté dispuesto a patrocinarme la vida.

Nos reímos. El tema del *sugar daddy* es una conversación recurrente. En parte porque Bonaventura no paga bien y en parte porque, cuando te dedicas a vender cuadros de diecisiete mil euros a gente que tiene tres casas, te sientes muy pobre, aunque no lo seas tanto. Si lo buscáramos de verdad, encontraríamos hombres así

fácilmente. Aunque, para ser sincera, la idea a veces hace mucha gracia, pero la realidad muy poca.

Una vez tuve un cliente que me dijo: Apunta bien, que mi dirección en Nueva York es difícil. No te equivoques. Mientras tecleaba cometí un error y, antes de que me hubiera dado tiempo a corregirlo, ya estaba allí: ¿Lo ves?, te he avisado. Mi cara debió de dejar muy claro que su tono no me había hecho ninguna gracia, porque se echó a reír, levantó las manos como si estuviera apuntándolo con una pistola y dijo: Uy, no te enfades. Si quieres, puedes darme una bofetada. Ya sé que a veces hablo demasiado. Y ya me gustaría, en la situación adecuada, tenerte encima.

—Venga —le digo a Irene—, volvamos.

Hoy me cuesta chupar culos. Por edad me toca relacionarme con dos tipos muy concretos de personas: los muertos de hambre (como yo) y los *nepo babies* (gente parida con ventaja que ha estudiado ADE, se queja de que debe pagar demasiado IRPF y dice «nosotros» cuando habla de la galería de su padre). Empiezo a servir las copas de cava excesivamente llenas para que se acaben rápido las botellas que quedan, y cuando por fin la gente circula hacia su casa le digo a Bonaventura que se marche él también, que ya cerraré yo.

Vacía, la galería es otro mundo. Es siempre en el momento de abrir y cerrar cuando me doy cuenta de que trabajo rodeada de arte. Incluso los mapamundis brillantes tienen su punto con la mitad de las luces apagadas. Durante unos minutos, todo lo que hay en las paredes y en el almacén es mío y no tengo que hacer nada para existir en este espacio: ni vender, ni servir, ni pagar.

Emma ha reorganizado todos mis libros. Me doy cuenta mientras me lavo los dientes y casi me trago la pasta dentífrica del susto, porque en los libros es donde guardo todo mi efectivo. Concretamente, tengo los billetes de cincuenta que me ha ido dando Bonaventura dentro de *El hobbit*, en el capítulo en el que Bilbo se encuentra cara a cara con el dragón Smaug y todo su tesoro acumulado. También he guardado un billete de cien en el libro *Gente normal*, de Sally Rooney, porque, si yo fuera una ladrona, creo que pensaría: Nadie normal esconde dinero en un libro titulado *Gente normal*. Pero Emma ha reestructurado la librería entera, y quizá ha encontrado el efectivo, y quién sabe si se ha sentido tentada de llevarse un poco.

En los dos estantes inferiores ha colocado mis libros de arte, que son unos tochos, y los ha ordenado por épocas. Los títulos de ensayo están en el tercer estante, y en el cuarto y el quinto, las novelas por orden alfabético. En el último hay una pila con los libros de formatos excepcionales y, apoyada encima, la foto de mis abuelos en Mallorca, que yo no había sabido dónde colocar exactamente y que había dejado dentro del último libro que había comprado.

O sea que sí, ha hojeado los libros.

Corro a comprobar que tengo todo el dinero y, cuando abro *El hobbit*, me encuentro un sobre blanco, nuevo, en cuya solapa Emma ha apuntado: «270 €». Todos los billetes miran hacia arriba y tienen el holograma a la derecha. Están ordenados por tamaño, con el de cien detrás y uno de veinte, que no sé de dónde ha sacado, delante. De repente me da mucha vergüenza que Emma haya pensado que soy un desastre por guardar mi dinero de cualquier manera, pero también me mosquea que haya tocado mis cosas. Ni siquiera lo ha hecho porque necesitara espacio, porque no hay ningún libro nuevo.

Sencillamente, ha decidido que mi forma de organizar la estantería no era lo bastante buena. Yo, como mínimo, habría intentado disimular y habría dejado los billetes como me los había encontrado. Qué tía más rara. ¿Debería decirle algo? Seguramente, ¿no?

El timbre interrumpe mi espiral de pensamientos y la sustituye por un alarmante: Mis padres ya están aquí y aún tengo las tetas al aire. Voy al lavabo a escupir la pasta de dientes, que casi se me ha petrificado en la boca, y estoy enjuagándomela cuando mi madre vuelve a pulsar el botón. Bzrrrrrrrrrrrrrrg. Sé que es ella por lo largo que es el sonido. Bzrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrg. Nunca ha tenido paciencia.

—¡Ya bajo!

—No, ábrenos. Te hemos traído una cosa.

Mi padre llega cargado con cinco tabletas de chocolate Lindt al punto de sal, una tarrina de helado de pistacho y una bolsa con dos kilos de mandarinas que, por lo visto, estaban de oferta. Mi madre, después de abrir la nevera y de quejarse de que no tengo suficiente comida, me da su Ticket Restaurant.

—No hace falta —le digo yo—. Ya hace más de un mes que Eloi se piró y he sobrevivido.

—¿Y por qué se ha ido exactamente?

—No nos cuentas nada, hija.

—Y cuando te llamo nunca contestas al teléfono.

—Porque siempre me llamas cuando estoy en la galería, mamá. Ya sabes que trabajo los fines de semana.

Mientras hablo, acabo de arreglarme. Hace calor, pero no de verano, y me cuesta decidirme entre un jersey o una chaqueta.

—Claro que lo sabemos —dice ella—. Por eso hemos venido tan pronto.

—¿Crees que es buena idea trabajar los domingos? Aún no has terminado la universidad.

—Solo me falta el TFM. El mes que viene ya no tendré clase. ¿Me pasas el móvil?

Mi padre desconecta el móvil, que estaba cargándose en el sofá, y enrolla el cable con precisión. Le veo en la cara que tiene más cosas que decirme, pero ya me las conozco porque ya las hemos discutido antes. No tengas prisa por crecer tan rápido, me dijo cuando me fui de casa y me contrataron en la galería. Es mejor que estudies primero. A la larga te permitirá ganar más dinero.

—¿Y tu nueva compañera de piso? ¿No está? —me pregunta mi madre.

—Está trabajando, creo. Siempre sale temprano para ir al aeropuerto.

—Eso de ser azafata no es un trabajo que puedas hacer muchos años. ¿No crees, Joan? Debe de ser muy cansado.

—¿Sabes si tiene algún otro título?

—Ni idea.

—Abril, todavía no nos has dicho por qué Eloi y tú lo habéis dejado —insiste mi madre.

—¿Te ha hecho algo? —me pregunta mi padre, de repente alerta.

—¿Le has hecho tú algo a él?

—Joder, mamá. Qué poca confianza.

—Solo pregunto.

—Nadie ha hecho nada a nadie.

—De acuerdo. Mejor.

Venga, venga, venga, los empujo hacia la puerta. A este paso llegaré tarde.

El ascensor es tan pequeño que nos obliga a mirarnos a los ojos. Mi madre es tan baja como yo, y tenemos el mismo pelo grueso y castaño (el suyo ahora está teñido). Lo que más le gusta decir a la gente cuando nos ven juntas es que nos parecemos muchísimo. Como si fuera sorprendente. Pero es verdad. Los ojos, la boca, la nariz…, todo lo he heredado de ella. Lo único que mi padre y yo tenemos igual son las orejas, con el lóbulo gordo y carnoso.

Cuando se abre la puerta y por fin podemos respirar, les digo la verdad.

—Fue él quien quiso marcharse, y no tengo ganas de hablar del tema. Pero creo que fue una buena decisión y estoy bien.

Ellos se acercan a mí y me abrazan a la vez, formando un sándwich familiar.

Venga, venga, venga, vuelvo a decir después de dejarme aplastar por unos segundos, vamos a tomar el café.

En el trabajo estoy a punto de vender una escultura cuando el cliente me dice que tiene que pensárselo un poco más. Yo le digo que ningún problema, porque también tendría que pensarme muy bien si me gasto veintiún mil euros en una escultura de mármol y acero inoxidable o si utilizo ese dinero para tomarme el año sabático de mi vida, y le pido un correo de contacto para hacer el seguimiento.

—¿No tienes una tarjeta? —me pregunta él—. Así tengo tu contacto.

Ha venido acompañado de su mujer y de sus dos hijas. No es muy alto, lleva pantalones cortos cargo y calcetines blancos con

sandalias, y en toda nuestra conversación no ha dicho en ningún momento nada inapropiado. De todas formas, y no sé por qué, no quiero darle mi número de teléfono.

—Estamos viajando y no abro el correo —se explica.

—Lo siento, pero no tengo número de teléfono de empresa. Si quiere, puedo pasarle el contacto del propietario de la galería.

El hombre me mira como si no entendiera por qué me resisto tanto, pero acepta la tarjeta de Bonaventura.

—Y, si me deja un e-mail, yo le envío la información y el catálogo.

Cuando se marchan, redacto el mensaje y se lo envío a jimhillking@gmail.com, que, por lo que encuentro en Google, es el correo personal del doctor James King Jr., profesor de la Universidad Médica de Texas y exdirectivo de una farmacéutica. Como diría Bonaventura, un pez lo bastante gordo para alimentar al circo. El circo somos nosotros. O más bien el circo es él y quien esté actualmente trabajando bajo sus órdenes. ¡Bienvenida al circo!, me dijo cuando me añadió al grupo de WhatsApp de la galería. También le gusta decir: ¡El circo tiene hambre! O: ¡El circo quiere dinero! Es su manera de motivarnos.

Le hablaré cuanto antes del doctor King Jr. o se cabreará si de repente lo llama. No he mentido, es verdad que no tengo número de empresa. Lo que tengo es una tarjeta de la galería con mi móvil, porque cuando entré a trabajar con un contrato temporal de tres meses no quería quejarme de nada y no lo cuestioné.

¡Buenos días!, le escribo a Bonaventura, ha pasado una familia estadounidense muy interesada en comprar la escultura de Bassa. Le he dicho veintiún mil sin IVA, envío incluido. Tienen tu tarjeta

porque el padre tiene pinta de tener mucha pasta y he pensado que le gustaría más cerrar la venta contigo.

Treinta segundos después me vibra el móvil, pero resulta que no es Bonaventura, sino una notificación de mi banco. Eloi me ha devuelto todo el dinero de los muebles.

Parecemos idiotas. ¿Por qué no me ha contestado a los mensajes? Me planteo volver a hacerle una transferencia y poner como concepto: «No quiero tu dinero». Pero sí lo quiero. O, mejor dicho, quiero el cincuenta por ciento, que es lo que me parece justo. Como persona adulta que soy, le escribo por WhatsApp: Llámame.

Eloi no me llama. Cuando por fin entro por la puerta de casa, lo único que quiero es ponerme el pijama y perderme en YouTube viendo vídeos de viajes en los que recomiendan restaurantes de Tokio a los que seguramente nunca iré mientras espero a que se me haga en el horno la pizza congelada.

Lo que me encuentro son todos los cajones y las puertas de los armarios de la cocina abiertos. Esta vez, Emma ha reorganizado los botes de hierbas y especias y ha dejado todas nuestras cosas aireándose. La cocina parece una imagen de esas que salen en los libros de idiomas donde se ve el interior de las casas y hay numeritos en las sartenes, la tostadora, los trapos…, con un índice al final muy útil para que cuando estás de erasmus sepas decir en inglés: ¿Cómo puede ser que no quede ni un solo cuchillo en la cocina? O: Tía, Sophie, limpia mejor el pintalabios de las tazas de café.

—¿Emma?

La puerta de su habitación sigue cerrada. Me acerco y llamo dos veces, con suavidad. Al instante oigo movimiento dentro.

—Un minuto. Un… segundo.

Pasan aproximadamente ochenta hasta que Emma abre la puerta. Lleva una sudadera azul cielo y unos pantalones de chándal grises. Es la primera vez desde que vivimos juntas que la veo con ropa de andar por casa.

—Hola, perdona —me dice.

—Hola.

Pasan unos segundos más de silencio hasta que recuerdo lo que quería decirle.

—¿Por qué está todo abierto?

Emma mira la cocina como si hubiera olvidado cómo la ha dejado.

—Quería volver a cerrarlo antes de que volvieras, perdona.

—¿Algo olía mal?

—No, no. Pero es mejor airear. Es mejor airear… por los gorgojos. Como hay tanta humedad últimamente…

Cualquier referencia a insectos pequeños que, si quisieran, podrían entrarme en el cuerpo por los agujeros de la nariz me pone la piel de gallina. Ya me pica todo.

—Buena idea.

Emma sonríe, como si no se lo esperara.

—Pero ¿puedes avisarme antes de reorganizar cosas? Como la librería.

—Claro, perdona.

—Gracias.

—A ti —me contesta—. Perdona, me sale solo de tanto repetirlo en el trabajo.

—A mí también me pasa.

—A veces digo en las tiendas después de pagar: Gracias, buen viaje.

—Esta es casi cruel —le digo riéndome—. ¿Has cenado?

—Sí… Cuando tengo turnos de mañana como y ceno muy temprano.

Vaya.

—Pero siempre tengo hambre. Podría hacer una segunda cena pequeña…

Mientras esperamos la pizza, Emma me cuenta que antes de trabajar en Vueling estuvo tres meses haciendo vuelos de larga distancia, sobre todo atravesando el océano Atlántico con destinos como Buenos Aires, San Francisco y Miami. Una vez también Tokio. De fondo, en la pantalla de mi ordenador, una chica alemana muestra platos de sushi que le llegan a la mesa sobre una cinta automática.

Le pregunto si tenía tiempo de visitar todas esas ciudades entre vuelo y vuelo, y solo de pensarlo me dan ganas de dimitir y cambiar de profesión. La noche pasa deprisa. Me gusta porque, de la forma que lo cuenta, los lugares en los que ha estado parecen muy reales: siempre con el hotel lejos del centro, con demasiado poco tiempo para descansar y hacer visitas, pero con el tiempo justo para perderte buscando una cafetería y después descubrir que odias el té matcha. Me doy cuenta de que ser azafata de vuelo es un poco como trabajar en una galería de arte: fácilmente romantizable.

Eloi me llama cuando estoy a punto de irme a dormir. Cuando veo su nombre en la pantalla me da mucha pereza contestar, aunque sé que será lo más efectivo.

—Ey. —Es todo lo que digo.

—Ey.

La pereza se me extiende aún más por el cuerpo y soy incapaz de empezar la conversación.

—Abril, lo siento.

—¿El qué?

—Marcharme como me marché.

—Fuiste bastante imbécil.

—Lo sé. No sabía cómo… No sabía por dónde empezar.

—Tampoco sé cómo lo habría hecho yo.

—¿Estás bien?

—La verdad es que sí.

La conversación continúa, pero mentalmente me desinflo. Nos ponemos de acuerdo en el dinero y me da recuerdos de sus padres. Nada de lo que dice me importa demasiado y, cuando me doy cuenta, me sorprendo, pero tampoco tanto.

4

Mier-da. ¡Mierda! El miércoles, justo cuando estoy delante de la puerta de la galería, me doy cuenta de que me he dejado las llaves en casa. Doy media vuelta y cojo un Bicing para no tener que esperar al autobús. También aviso por el grupo de trabajo: Me he dejado las llaves. Calculad que abro a y media. Por suerte, a primera hora de la mañana todavía quedan bicicletas eléctricas y estoy en casa en menos de un cuarto de hora. Cuando giro la llave e intento empujar la puerta, me encuentro con el pestillo puesto.

—¡Emma! ¡Emma! —grito mientras doy palmadas a la puerta.

—¿Abril?

—¿Me abres, porfa? Me he dejado las llaves de la galería.

Durante unos segundos no hay respuesta, y cuando llega es solo con un hilo de voz.

—Estoy desnuda.

—Oh.

—¿Te las puedo tirar a la calle desde el balcón?

Me cuesta imaginarme a Emma desnuda en el recibidor. Hasta hace dos días solo la he visto con maquillaje y uniforme. Ya suponía que esperaba a ducharse cuando yo no estaba, pero igualmente mi cerebro se queda colgado en la imagen.

—¿Dónde están?

—¿El qué? —le contesto sin saber lo que digo.

—Las llaves.

—No, no, de verdad. Si quieres espero a que te pongas una bata, pero ábreme.

El silencio vuelve a alargarse detrás de la puerta y los nervios me llegan a las puntas de los dedos, que presiono contra la capa más nueva de pintura. Vuelvo a llamar y a sacudir la puerta, pero el pestillo aguanta. Miro el móvil y compruebo que ya son y veinte pasadas. Quiero gritar. Quiero abrir la puerta de una patada y decirle a Emma que ya puede hacer las maletas, porque esto de compartir piso no es para mí. Ahora es normal, ahora no. Voy a volverme loca.

Cuando la puerta se abre por fin, Emma extiende el brazo desnudo por el hueco con las llaves colgando de un dedo.

—Toma.

Está de verdad desnuda. Me cuesta un poco creerlo y me quedo mirándole el pecho unos segundos hasta que reacciono y cojo las llaves. La puerta vuelve a cerrarse de golpe.

—Lo siento —creo que dice.

Mi cerebro grita. Estoy segura de que mi cara, si me hicieran una foto ahora mismo, se convertiría en un meme. Debería volver corriendo al trabajo, lo sé, pero me quedo clavada. Es entonces cuando oigo varios golpecitos, como si Emma estuviera golpeando la cabeza contra la puerta. Por un lado quiero matarla, pero por el otro entiendo el sentimiento: más de una vez he hecho alguna parida sin saber por qué la hacía y después he querido que se abriera un portal directo al infierno donde pudiera quemarme de vergüenza en paz.

—Nos vemos esta noche —le digo, y los golpecitos se detienen abruptamente.

Oigo que se mortifica aún más al otro lado de la puerta y no puedo evitar sonreír un poco.

Una semana después, mi abuela Lolita se mea de la risa con la anécdota. No literalmente. Que yo sepa, no tiene problemas de orina. Volvemos a estar en el patio de la residencia, a la sombra de una morera, ella sentada en la silla de ruedas y yo en uno de los bancos. Hace mucho calor para ser mayo y mi abuela ya ha sacado el abanico, que ahora utiliza para darme un golpecito en la rodilla.

—No te quejes, que podría ser mucho peor. Mi compañera de habitación apenas habla.

—¿No te cae bien?

—Sí, es amable. Por las noches le cuento cosas porque la veo ahí tumbada en la cama, muy callada, y parece triste. Está bien que vivas con una persona que te entretiene.

Me lo dice sonriendo, sincera. Como si de verdad no entendiera por qué me quejo.

—Me gustaría tener suficiente dinero para vivir sola —le respondo. Es la verdad. Ya lo pensé hace un año, cuando miraba opciones con Eloi—. Pero tiene pinta de que nunca podré comprarme un piso, y los alquileres son demasiado caros.

—Yo nunca he vivido sola.

—¿Nunca?

—Después de casarme me fui a vivir con tu abuelo y, aunque teníamos un piso en la segunda planta solo para nosotros, al otro lado del rellano vivían Roser y Adolfo, y en el piso de abajo, mis suegros. Todo el edificio era suyo.

—¿Adolfo es el hijo de puta?

En nuestra familia hay un hijo de puta que para mí hasta ahora no tenía nombre. En las fotografías familiares le han recortado la cabeza, y mi madre solo se refiere a él con insultos: el cabroncete, el cabronazo, el hijo de puta…, depende del día. Mi abuelo nunca hablaba de él. Ni de él ni de su hermana mayor, Roser.

Mi abuela me explica que le costó darse cuenta de que la vida que llevaban Roser y Adolfo era excesiva porque a ella, comparado con la vida que había tenido antes de casarse, todo le parecía desmesurado: los coches con chófer, la criada y la piscina. Cuando nació mi madre, los dos se obsesionaron con ella. Le preguntaban a Lolita si podían llevarse a la niña, la subían al coche y siempre volvían cargados de paquetes: muñecas, vestidos, monederos, zapatos, pulseras, libretas y cuentos.

—Ellos no tenían hijos, y yo creía que sería eso.

Pero la verdad es que eran desmesurados en todo; y lo eran tanto que Adolfo se dedicó a sacar dinero de la empresa de construcción de su suegro hasta arruinarla. Esta parte de la historia sí que la conozco, por boca de mi madre. Sé que el hijo de puta los endeudó, que huyó a Francia y que Roser, como al final había conseguido quedarse embarazada, se marchó con él en lugar de apoyar a sus padres y a su hermano, que tuvieron que pagar la fiesta y lo perdieron todo.

Creo que por eso a veces mi madre es tan pesada a la hora de analizar mis decisiones. ¿Seguro que quieres estudiar historia del arte? ¿No prefieres vivir en casa y ahorrar? ¿De verdad quieres dejar las clases de francés? Todo es un plus para encontrar trabajo. Teme que confíe en la persona equivocada o que tome una decisión que

eche a perder mi futuro. No tengo tanto que perder como lo que perdió ella, claro, pero supongo que tiene razón, porque estaba apoyándome en Eloi, y mira.

—Pero ¿sabes qué? —me dice mi abuela haciéndome caer de la nube a la que me había ido—. Que en el piso de Vallcarca donde vivimos después también fuimos felices. ¿Quieres hacerme caso? Deja de preocuparte.

Vuelve a darme un golpe con el abanico. Flojito. Sin ánimo de hacerme daño, solo de espabilarme. Asiento con la cabeza y cierro los ojos unos segundos para concentrarme en atrapar el sol que se cuela entre las hojas. Debe de ser inquietante tener noventa años. ¿El futuro le da más o menos miedo que a mí?

—Abuela… —empiezo a decirle, pero a medio camino cambio de idea—, ¿te has fijado en que llevamos las uñas pintadas de un color muy parecido?

Cuando vuelvo a casa, Emma está en la cocina ordenando los cubiertos. Ha comprado un set en el Zara Home de cuatro cuchillos, cuatro tenedores, cuatro cucharas soperas y cuatro cucharillas de café. Encima del mostrador, descartada, está la colección ecléctica que yo había acumulado hasta ahora: los pocos cubiertos de IKEA que sobrevivieron al Erasmus, dos tenedores y dos cuchillos de acero negros que compré con Eloi, cinco cucharillas de vidrio de colores que me regaló Irene y los cubiertos puntiagudos que me llevé el otro día de la casa de mis abuelos.

—He pensado que así todo sería del mismo estilo —me dice sonriendo mientras seca y coloca de uno en uno los tenedores en el

cajón.

Es la primera vez que me habla directamente desde el incidente de las llaves.

—Así podemos tirar el resto de los sets incompletos. Quizá vuelvo y compro también platos nuevos. ¿Sabes que solo tienes un plato hondo? Solo uno.

Pienso en mi abuela y en su compañera de habitación, que no habla. Miro a Emma y no sé cómo me siento exactamente, pero un poco cabreada seguro. Tenía el efectivo mal guardado: vale. No debería haberme dejado las llaves: puede ser. Las especias están mejor organizadas ahora: sí. Pero esto no. ¿Cuál es el problema de que todas las cucharas no sean iguales?

—Estos cubiertos eran de mis abuelos. No quiero tirarlos.

Emma me mira alarmada.

—Perdona. No quería decir que… Claro, perdona.

Coge los cuchillos de mis abuelos y los mete otra vez en el cajón, uno a uno. Tengo la sensación de que los cuenta. Uno, dos, tres, cuatro. Cuando llega al quinto, duda. Lo deja dentro. Después se rasca el brazo, vuelve a sacarlo y saca también los demás. Uno, dos, tres, cuatro. Se detiene. Vuelve a sacar todos los cuchillos, incluidos los nuevos. No termino de entender lo que estoy viendo, pero mi pequeño cabreo se diluye enseguida porque es obvio que algo no va bien. Emma mira la pila de cubiertos, respira hondo y, sin mirarme, intenta marcharse de la cocina.

—¡Emma! Emma, espera. ¿Qué te pasa?

No dice nada, pero se detiene. Me recuerda al otro día, esta vez sin puerta en medio. Hace seis semanas que vivimos juntas y, aunque creía que nos habíamos cruzado muy poco y que todavía no

la conocía en absoluto, me resulta fácil darme cuenta de la tensión que le recorre el cuerpo. Su malestar es transparente.

—Perdóname.

—No. Quiero decir que no tienes que pedirme perdón. Solo quiero saber si estás bien.

—Tengo toc.

—¿Cómo?

—TOC. Trastorno obsesivo-compulsivo.

Ah. Tiene sentido y al mismo tiempo no mucho. Creía que las personas con TOC estaban obsesionadas con la limpieza. Miro la habitación de Emma, que por una vez ha dejado la puerta abierta, y veo que la cama está deshecha.

—Si quieres, puedo buscar otro sitio donde vivir.

—Claro que no.

Me mira y los ojos le brillan. Siento el impulso de abrazarla, pero no lo hago.

—No sabía que los cubiertos eran importantes.

—Es normal, no te lo había dicho.

Nos sentamos en el sofá y espero a que ella diga algo primero, hasta que no puedo más y le pregunto.

—¿Puedes explicarme en qué consiste tu TOC? ¿Cómo te afecta? No sé muy bien lo que es.

Emma me mira y asiente con la cabeza, pero no empieza a hablar. Cuando por fin arranca, le tiembla un poco la voz.

—Mi psicóloga me lo explicó así: tengo pensamientos intrusivos, pensamientos que no son realmente míos, que me provocan ansiedad. Las compulsiones las llevo a cabo para intentar calmarme y que se marchen.

Con las dos manos se sacude polvo invisible de los muslos, recorre de arriba abajo la tela gris de su uniforme y evita una vez más mis ojos.

—Hay muchos tipos diferentes de pensamientos y compulsiones —continúa—, pero los míos son, por ejemplo: si no enciendes y apagas la luz cuatro veces, tu hermana morirá de cáncer. Racionalmente sé que no tiene nada que ver que yo encienda y apague la luz con la salud de mi hermana, pero me supone tan poco esfuerzo…, y la consecuencia es tan… que lo hago.

Tiene sentido.

—El problema es que si hiciera caso de todos los pensamientos intrusivos al final no tendría tiempo para salir de casa. Me lo diagnosticaron hace años y voy a terapia. Antes tenía muchas compulsiones que ahora ya no. Una de las más fuertes era que, cuando caminaba, cada cuatro pasos tenía que dar dos atrás. Sí, lo sé. Era horrible. Pero es más fácil hacer caso al pensamiento que ignorarlo.

—¿Siempre tiene que ver con el número cuatro? —le pregunto pensando en los cubiertos.

—No siempre. También tengo, aunque menos, compulsiones de simetría. Por eso reorganicé tus libros. Por eso… —Se detiene, cierra los ojos y respira hondo—. Esta es otra compulsión, repetir frases.

—Esta casa no es muy simétrica —le digo mientras miro a mi alrededor buscando en el piso cosas que nunca he visto.

—No mucho, no.

—Lo siento.

—No te preocupes, hay un filtro. Tengo algo de control. Cuando más me di cuenta fue cuando me saqué el carnet de conducir. Me

daba mucho miedo tener pensamientos de estos mientras conducía. Pero al volante eres muy consciente de que puedes poner en peligro a otras personas, y gracias a eso me fue mucho más fácil ignorarlos. Un año después ya casi no tenía. Pensé en hacerme taxista, pero he acabado siendo azafata de vuelo. Un día se me ocurrió que un avión es como un coche gigante, donde todo se multiplica. La dificultad de conducción, el riesgo, el número de pasajeros… Me gustaría ser piloto, pero es demasiado caro. Cuando estoy en el aire los pensamientos intrusivos tienen poca fuerza, porque sé que lo más importante es el bienestar de las personas que vuelan conmigo.

Tengo muchas, muchísimas preguntas más. Nunca me había detenido a pensar en el TOC, pero ahora quiero saberlo todo. ¿Qué lo desencadenó? ¿Qué otros pensamientos tiene? ¿No es agotador vivir así? ¿Le he hecho la vida más difícil sin saberlo en las últimas semanas? Lo que más me impresiona es que lo haya compartido conmigo. No tiene que ser fácil desnudarse por dentro. La miro y es como verla entera.

—¿Y si nos quedamos con cuatro cubiertos de cada? Sería más simétrico: cuatro de los nuevos y cuatro de mis abuelos, en lugar de cinco.

Porque sé lo que me diría mi abuela: Abril, deja de preocuparte por tonterías como los cubiertos. Emma sonríe un poco y la veo más tranquila.

—Puedo vivir con cuatro y cuatro.

5

—¿Quieres sentirte mejor? —me pregunta Irene cuando pasa a buscarme—. Porque he traído provisiones.

Drogarse con ella es genial. Si pilla MDMA, por ejemplo, compra diez pastillas de golpe y lleva una a analizar para asegurarse de que no hayan mezclado mierdas. Es muy estricta en esperar al menos tres meses entre consumición y consumición y nunca las combina con alcohol. No he visto a nadie drogarse de manera más responsable.

La idea me llena de adrenalina. Cenamos poquito, lo justo para no tener hambre y notar el efecto lo bastante rápido, y buscamos qué discoteca tendrá mejor música. ¿House? ¿Techno? ¡House! Es muy fácil ponernos de acuerdo. Menos mal que tengo a Irene conmigo en la galería. En la vida en general también, pero tener una amiga en el trabajo es como tenerla en la escuela: compartes con ella todos los detalles y entiendes todos los matices. Cuando le he explicado que Bonaventura me había echado una bronca durante veinte minutos y después, satisfecho, se había despedido dándome un beso en la mejilla, no ha necesitado más para venir a rescatarme.

A las tres de la mañana, de vuelta a casa, las calles están mojadas. Me siento un poco quemada por dentro después de la explosión de serotonina y también de tanto bailar, y de tanto calor, y

de tanto malgastar pensamientos con Bonaventura cuando en realidad quería estar pensando en Emma y en las preguntas que se me quedaron por hacerle ayer.

Al llegar al piso la encuentro todavía despierta, envuelta en una manta en el sofá, porque no podía dormir con el ruido de la lluvia.

—¿No te has mojado?

—Estaba en una discoteca.

Me siento a su lado, me desinflo y dejo que todo el día se evapore.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Mi jefe me ha pillado viendo vídeos y me ha caído una bronca. Entiendo que no me pagan por meterme en YouTube, pero ha venido expresamente solo a reñirme. Y de verdad que no había nadie en la galería, no podía trabajar aunque hubiera querido.

—¿Qué mirabas?

Eeeh… ¿Será raro si se lo cuento?

—Vídeos sobre el TOC.

La galería estaba muertísima. He escrito correos de repesca, barrido, hecho fotos del espacio para que Irene las subiera a Instagram y, cuando ya no sabía a qué más dedicar el tiempo, he escrito en Google: «Trastorno obsesivo-compulsivo».

Media hora después Bonaventura ha entrado por la puerta, ha visto que tenía un auricular puesto y ha empezado a negar con la cabeza. Abril, Abril, Abril. ¿Se puede saber qué estás haciendo? Hay una cámara justo en la pared detrás del escritorio, así que, pusiera la excusa que pusiera, Bonaventura habría abierto la app del móvil y se habría dedicado a cotillear lo que he estado haciendo todo el día. Mejor decir la verdad. El problema es que cuando le he dicho:

Estaba leyendo y viendo vídeos sobre el TOC, el hombre me ha mirado como si fuera la peor explicación posible. Conociéndolo, habría preferido que estuviera viendo porno.

Por unos instantes, Emma no reacciona, y después se esconde detrás del pelo.

—Quería entender mejor lo que me contaste ayer. Y quería saber si hay alguna manera de, no sé, ser mejor compañera de piso.

En un impulso, le acaricio un mechón y se lo coloco detrás de la oreja. Quiero que sepa que no tenía intención de incomodarla. Emma se vuelve hacia mí y el verde de sus ojos parece muy oscuro.

—Debería habértelo preguntado a ti directamente. Lo siento…

Me interrumpe negando con la cabeza.

—Abril, nunca nadie se esfuerza por entenderme. No…, no me pidas perdón.

Creo que nunca me había mirado así hasta hoy. Tan directamente, sin bajar los ojos. Desde tan cerca que puedo distinguir las vetas de sus iris. Pienso en… Mala idea. Ella ha pensado lo mismo, pero no es tan cobarde y me da un beso.

Tiene los labios suaves, muy suaves. Soy extremadamente consciente de todas las partes de mi piel que están en contacto con la suya y de cómo me llenan de calor eléctrico. Sin embargo, el beso es lento. Prudente.

A la mierda.

Le paso las dos manos por el pelo y la acerco hacia mí. Quiero más. No necesito respirar. Tengo los ojos cerrados, pero sigo viéndola. La veo como el primer día que llegó, aún con el uniforme. La veo también desnuda, a través del hueco de la puerta. Y en chándal, como más me gusta. Como hoy. Sabe a pasta de dientes. Y

a mil cosas más que no sé identificar. Me muerde el labio inferior y me deshago de golpe, completamente.

Cuando nos separamos, le recorro el cuello con los labios. Un beso, dos, tres, cuatro. Siempre cuatro.

Por la mañana, el recuerdo de Emma en mis labios es brillante. Revivo el beso una y otra vez, en HD. No lo dudo ni un momento: sé que no ha sido un sueño.

Estoy sola en la cama. Nos dejamos llevar, pero no tanto. Ruedo hacia el otro lado del colchón y entierro la cabeza en la almohada vacía, que está fría. Ayer me parecía muy buena idea; ahora ya no lo tengo tan claro. Aún estaba bajo los efectos del M. Un poco, seguro. Que no quiere decir que el impulso de acariciar todos los centímetros de su piel no fuera real. Emma es preciosa, objetivamente. Pero vivimos juntas. ¡Vivimos juntas!

La puerta de mi habitación está cerrada (por suerte) y todavía no me siento con valor para enfrentarme a ella. Durante un par de horas vuelvo a cerrar los ojos y escucho el último álbum de L'Impératrice entero y en bucle hasta que tengo que salir porque, si no, me explotará la vejiga. La puerta de Emma también sigue cerrada. Debe de estar dormida. Aprovecho para pasar por la cocina y llevarme un vaso lleno de agua y un plátano, gracias a los cuales paso tres horas más viendo series hasta que me digo a mí misma que ya basta de ser tan dramática y me decido a salir y ducharme.

Ahora la puerta de la habitación de Emma sí que está abierta, y es obvio que sigue siendo más valiente que yo, porque seguramente hace horas que se ha duchado, está viviendo su vida tan tranquila y

debe de pensar que soy idiota por pasarme todo el día libre encerrada. Y es que lo soy. Hace horas que me escondo de alguien que ni siquiera está en casa.

El agua caliente me sienta bien, y el agua fría aún más. Cuando salgo del baño me siento un poco menos estúpida y bastante más decidida.

—¿Abril?

Es Emma, que ya ha vuelto.

—Ey.

—He comprado sushi —me dice sonriendo—. ¿Quieres?

Asiento con la cabeza y también sonrío, aunque todavía estoy nerviosa. Emma, en cambio, me trata más normal que nunca y no entiendo cómo puede estar tan relajada. ¿Tiene práctica en enrollarse con compañeras de piso o qué?

Comemos en silencio, porque si ella no dice nada de lo que pasó ayer, yo tampoco, y vemos Netflix. No sé qué pasa en la pantalla. Llevo demasiadas horas viendo series y en realidad no me interesa ninguna de las vidas de esos personajes, pero sí me interesa que Emma se gire y reconozca que ayer ella también se fue a dormir caliente después del mejor beso de su vida.

O como mínimo del último año, no necesito que sea de toda su vida. Pero ¡que hable! ¡O que se me tire encima otra vez! Pero mejor hablarlo, porque quizá no deberíamos volver a enrollarnos. Son ganas de complicar la situación mucho más de lo necesario.

Por hacer algo, me levanto a fregar los platos medio segundo después de que Emma se meta el último niguiri en la boca. Friego con más entusiasmo que en toda mi vida y bajo a tirar la basura.

Cuando vuelvo a subir, Emma sigue en el sofá. Me siento a su lado y respiro hondo. Venga, que no es tan difícil.

—Ayer…

La frase se me muere en la boca. Ayer… ¿qué? Nos besamos, por si no te acuerdas. Ayer… fue un error. Ayer… no quería que acabara nunca. Ayer…

—Me gustó —me dice ella.

Tan sencillo como eso.

Al ver que no le contesto, los ojos se le apagan un poco y se esconde detrás del pelo, como hace cada vez que se siente insegura. No quiero que piense que a mí no me gustó. Sería mentira.

—A mí también.

La busco y nuestros labios vuelven a encontrarse. El choque no es tan repentino como ayer y me da tiempo a darme cuenta de que llevo todo el día queriendo acabar aquí otra vez. Queriendo confirmar que siento un hormigueo que empieza en cada punto de mi piel donde Emma me acaricia y que se extiende hasta llegarme al cerebro.

—Ven —le pido con la intención de llevarla a mi habitación. Pero ella niega con la cabeza y acabamos en la suya.

6

El viernes por la noche voy a la nueva exposición de Pop-up Pep. Lo llamamos así porque es un artista que no está representado por ninguna galería, pero siempre consigue hacer muestras y colaboraciones en todas partes gracias a sus más de cincuenta mil seguidores. Dibuja a mujeres con culos como pasteles y a hombres muy peludos, y supongo que a la gente le pone, porque acaba reuniendo a multitudes.

Irene ha llegado antes que yo y está hablando con Arnau, un chico que trabaja en la Galería 360 y que antes, cuando trabajaba en Múltiples Art, era vecino del barrio.

—¡Abril! Tarde, como siempre, pero estás muy guapa.

Irene me mira con compasión. Sabe que solo llego tarde porque Bonaventura nos obliga a hacer horarios de tienda multinacional, no de galería.

—Necesito opiniones externas —le digo ya de entrada, porque me la pela todo lo demás—: ¿es posible que me guste Emma? Mi compañera de piso —añado para poner a Arnau en contexto—. Nos hemos enrollado. Dos veces. Y también hemos tenido momentos en los que no nos hemos enrollado, pero hemos estado abrazadas en el sofá.

Ellos me hacen recapitular y contárselo todo desde el principio. Desgraciadamente, después de la noche que seguí a Emma a su habitación, las dos hemos tenido que trabajar y casi no la he visto porque tiene unos horarios mortales desde primerísima hora de la mañana. Y ha sido un problema, porque he tenido tiempo de comerme la cabeza pensando en todas las razones por las que es mala idea empezar a follarte a tu compañera de piso, y puedo enumerar muchas.

Al final, sus opiniones son parecidas. Arnau cree que acabo de salir de una relación muy larga y que no es buena idea que me tire de cabeza a una nueva.

—¿Por qué no pruebas con alguien al que conozcas en un bar y al que puedas olvidar en dos días si la cosa no funciona?

Irene también opina que debo quitarme a Eloi del sistema, pero que quizá me conviene estar sola una temporada.

Así es como acabamos los tres en el bar Pietro, y yo hablando con Nico —¿o Nacho?, no estoy segura—, un estudiante de ingeniería que se ha ofrecido a pagarme la copa y casualmente ha dejado caer que vive a solo un par de calles de aquí. No es feo, pero tiene los dientes muy pequeños y las encías muy grandes, y cuando habla me cuesta concentrarme en lo que dice porque no puedo dejar de pensar que son dientes de leche y que, por lo tanto, debe de tener otra hilera escondida dentro de las encías.

—¿Trabajar en una galería de arte mola? —me pregunta cuando se da cuenta de que no me interesa nada su último viaje de mochilero por Islandia—. Yo no entiendo el arte moderno. Cuadros que son solo manchas, ¿sabes? O cosas como lo del plátano pegado

en una pared. Pero para vosotros supongo que, si se vende, se vende.

—Si se vende, se vende, exacto —le digo repitiendo su opinión. Me da demasiada pereza discutir sobre arte como si todavía estuviera en primero de carrera o explicarle que el arte moderno no es contemporáneo—. ¿Por qué no nos vamos? Aquí hace mucho calor.

Realmente vive a dos minutos del bar, en un piso que comparte con su hermano. Yo no tengo hermanos, así que no estoy segura, pero creo que es raro que lleves chicas a casa si convives pared con pared con familia. Cuando aún vivía con mis padres, a Eloi y a mí nos costaba encontrar la casa vacía un rato y acabábamos casi siempre en la furgoneta de su padre. Pero Dientes de Leche me asegura que su hermano duerme como un tronco y desde hace horas. Y la verdad es que tampoco me importa; mañana nada de esto será problema mío.

El beso, cuando llega, no es inesperado. Tampoco es… espectacular. Más que nada es un intercambio intenso de saliva, porque hay mucha. Demasiada. ¿Quizá se le escapa porque tiene los dientes tan pequeños? Me imagino una cascada de saliva saliendo de su boca hacia la mía y necesito separarme inmediatamente.

—Espérame aquí un minuto —me dice aprovechando el paréntesis, y se va hacia el cuarto de baño.

Sé que ha ido al lavabo porque no cierra la puerta, y desde donde estoy, sentada en una de las esquinas de la cama, puedo oír con toda claridad el ruido de la orina contra la porcelana del váter.

Nop. Se acabó. Hasta aquí. Me levanto, recojo el bolso del suelo y casi salgo corriendo del piso. Solo por no parecer una loca total me

despido fingiendo que me han llamado y que tengo que volver a casa porque mi compañera de piso se ha dejado las llaves y no puede entrar. Qué remedio. Adiós.

Una vez en la calle me siento fatal por haber utilizado a Emma como excusa. ¡Emma! ¡Ella sí que sabe besar! Necesito un hobby y menos tiempo para el autosabotaje. ¿O quizá una psicóloga? Lo que sea más barato.

Ya en la cama, no puedo dormir. Doy vueltas con los ojos cerrados hasta que a las cuatro y media de la madrugada oigo la alarma de Emma a través de la pared y me rindo. Seguro que tengo cara de muerta viviente, pero quiero hablar con ella. Para evitar parecer una loca por segunda vez en una misma noche, espero media hora más antes de salir y le doy tiempo para levantarse, ducharse y ser persona.

—¡Te he despertado! —me dice cuando me ve.

—¿Quieres ir al acuario?

—¿Al acuario?

—Conmigo. ¿Quieres ir al acuario conmigo? Cuando tengas un día libre.

Emma se ríe y yo me muero de vergüenza, pero es una risa amable y también un poco nerviosa. Y me dice que sí, que le encantaría. No sé exactamente por qué el acuario, pero es lo primero que se me ha pasado por la cabeza y estoy muy cansada.

—Genial —le digo bostezando—. Creo que me vuelvo a la cama. Buena suerte, buenas noches.

—Buenas noches. —Me sonríe.

Y aprovecho para mirarle los dientes y comprobar que los suyos son perfectamente normales.

Lo primero que me pregunta mi madre cuando llego a su casa es: ¿Cómo está Eloi? Y sé inmediatamente que no va a ser una cena fácil.

—Mamá, lo dejamos.

—Ya lo sé, pero estoy acostumbrada a saber de él. ¿No habláis?

—No.

—Es una lástima —interviene mi padre—. Me caía bien.

—Sí, es muy buen chico —conviene mi madre.

—E iba muy bien encaminado. ¿Aún trabaja en Poblenou?

—Si tanto os interesa, podéis preguntárselo a él directamente. Tenéis su número.

Mis padres se miran, y mi madre parece decirle con las cejas: ¿Lo ves? Como si ya hubieran tenido esta conversación antes, en privado. Mi padre le responde estirando la comisura izquierda de los labios, como diciendo: Mejor dejémoslo correr. Se conocen desde hace tantos años que su comunicación no verbal es impresionante, pero olvidan que soy su hija y que tengo ojos en la cara.

—Venga, no te enfades —me dice mi madre con palabras de verdad—. Tu padre y yo hemos decidido que queremos ser vegetarianos entre semana, así que hemos preparado una ensalada de cuscús con espinacas, pasas, pesto rojo y… ¿qué era?

—Tomate seco.

—Eso.

—Y aceitunas negras.

—Seguro que te gusta, Abril.

Si pudieran, mis padres no cocinarían nunca. De hecho, desde que no vivo con ellos creo que se alimentan a base de pan con tomate, queso, ensaladas…, y aún gracias. Una Navidad, mi padre le dijo a

mi abuela Lolita que si existiera una pastilla con todos los nutrientes necesarios para sobrevivir veinticuatro horas sin comer, él sería feliz. En parte lo entiendo, porque es un currazo alimentarse uno mismo todos los días de la vida. Exige mucho tiempo y mucho dinero. Normalmente yo también tiro de ensaladas, comida para llevar y tostadas con aguacate.

Pero de pequeña, cuando me quedaba en casa de mis abuelos en julio, mi abuela y yo cocinábamos juntas y cada plato tenía su historia, y nuestro esfuerzo cobraba sentido. Me contaba que los buñuelos de bacalao, cuando ella era niña, eran buñuelos de arenque porque era barato y la mejor manera de alimentar a muchos hermanos con un poco de pescado. O me decía: ¡Hoy haremos sopa de melón! Porque a mi abuelo le encantaban las sopas, incluso en verano. Y también: ¿Sabes que tu madre no comía nada cuando era pequeña? Era una tiquismiquis. Lo único que pedía cuando íbamos a restaurantes era pechuga de pollo con patatas fritas.

Quizá por eso, aunque entre semana podría tomarme la pastilla de mi padre, los fines de semana seguiría cocinando y, sobre todo, comiendo. También porque, si nunca compartes comida con nadie, ¿qué vas a hacer? No hay manera más eficiente de socializar.

—Está bueno —le digo después de probar la ensalada.

Durante unos minutos comemos los tres en silencio, hasta que mi madre anuncia el tema por el que me ha invitado a cenar.

—Ya tenemos inquilinos para el piso de tus abuelos.

Claro.

—Y te agradecería que hablaras con tu abuela porque… no se lo ha tomado nada bien. ¿Por qué no le comentas cuando vayas a verla

que tú también crees que es lo mejor para ella?

—Ya te dije…

—A ti quizá te escuche más que a mí, Abril. No sé por qué, pero últimamente está rebotada con tu tía y conmigo. Nosotras solo le decimos la verdad.

El porqué es obvio: está enfadada porque no quiere vivir en una residencia, donde la comida es mediocre y su compañera de habitación es muda. La solución es imposible, y también lo sabe; no puede volver a casa porque ya no es capaz de ducharse sola. Lo que hace que todo sea una mierda es que falta mi abuelo. Con él se habría ido contenta a cualquier residencia. Estoy segura. Pero mi abuelo decidió que quería vivir en casa hasta morirse, al lado de los suyos, y así fue.

—Mañana la llamaré —acepto por fin.

—Gracias, hija —me dice mi padre, y mi madre parece un poco más tranquila.

No miento, al día siguiente llamo a mi abuela. Pero lo que le digo no es exactamente lo que me ha pedido mi madre.

—¿Quieres escaparte de la residencia? Una mañana. Este jueves no trabajo.

—Abril, todavía no sabes conducir. ¿Hasta dónde me arrastrarás a pie?

—Llamaré a un taxi.

—Se enfadarán contigo, así que mejor decimos que ha sido idea mía.

—¿Y contigo no se enfadarán?

—Claro que sí. Pero yo soy su madre, y ya no pueden hacerme nada…, nada más.

Quedamos a las diez de la mañana. Mi abuela vuelve a preguntarme adónde iremos, pero, como todavía no tengo ni idea, le digo que es una sorpresa, que ya lo verá. Por la noche, cuando Emma y yo coincidimos en el sofá, y después de robarle unos cuantos besos, le cuento mi plan de fugarme con Lolita por si a ella se le ocurre qué podríamos hacer. Lo piensa un minuto y me sorprende diciendo:

—El jueves yo estoy en *stand-by*, ¿por qué no vamos con ella al acuario? Con mi coche.

—Mi idea era que el acuario fuera una cita.

Una cita un poco rara, quizá sí. Pero no tan rara como una cita con mi abuela de por medio. Me hacía ilusión que fuéramos Emma y yo, juntas, existiendo fuera de este piso.

—Podemos estar con ella por la mañana, y después, por la tarde, tú y yo. ¡Y por la noche salimos a cenar!

Y después de cinco segundos sin mi respuesta:

—O no. O no —dice dos veces, y me doy cuenta de que la segunda es sin querer—. Puedes llevarla a comer churros con chocolate, a mi abuela siempre le gusta. No quiero meterme en medio.

—No, tienes razón. El acuario es buena idea. Pero si estás en *stand-by* mejor no cogemos tu coche, por si acaso tienes que marcharte corriendo al aeropuerto.

Al final llamo a un taxista con el que a veces trabajamos en la galería que conduce un monovolumen y le pregunto si el jueves puede llevarnos a Emma, a mi abuela con su silla de ruedas y a mí hasta el Aquàrium de Barcelona y recogernos tres horas después.

Para la ocasión, Emma se ha puesto unos pantalones azul marino, una blusa perfectamente blanca y un pañuelo en el cuello como solo ella sabe llevarlos, con dibujos muy marineros: timones, peces y anclas. Mi abuela le da su aprobación de inmediato. Ella también se ha puesto guapa, vestida toda de azul cielo y peinada de peluquería.

Me avisa desde el principio de que quiere pagarlo todo: el taxi, las entradas, el café y el taxi de vuelta, y me dice que no sea pesada. Le gusta mirar los peces, pero sobre todo disfruta hablando con Emma. Se cuentan muchas cosas, y su complicidad es tan auténtica que me sorprende un poco. Cuando volvemos a la residencia y la acompaño hasta el comedor, mi abuela me dice:

—Qué chica tan maja. Es maja, ¿verdad?

—Sí, lo es.

—Pero no creas que no sé la verdad.

Por un momento creo que va a decirme que sabe que Emma no es solo mi compañera de piso. Pero tampoco es nada oficial, de momento, y no sé si estoy preparada para discutirlo con mi abuela, a la que quiero mucho, pero tiene noventa años, y cuando tenía ochenta le dijo una vez a uno de mis primos que ella era demasiado mayor para entender a los gais. O, en palabras literales, demasiado mayor para «estas cosas».

—Sé que te ha enviado tu madre.

¡Ah!

—A manipularme sobre el piso —termina.

—¡Abuela! No te he dicho ni una palabra sobre el piso.

—Has intentado distraerme —me dice suspirando, como si le molestara que lo haya conseguido—. La próxima excursión quiero

que me lleves a mi casa, aunque solo sea una mañana, antes de que me la ocupen.

Le prometo que lo intentaré y me aprieta la mano con una media sonrisa.

—Venga, vete, que están esperándote.

7

A finales de junio, cuando el verano empieza a calentar el asfalto y a tostar a los turistas que llegan en masa, Irene me traiciona dimitiendo. Ha estado enviando su currículum a todas partes y la han cogido en una galería de joyería artística.

Yo ni sabía que existían galerías que se dedicasen a algo tan específico como la joyería artística, pero resulta que sí, y que les funciona desde hace ya cinco años. Aunque el espacio es pequeño, tienen una presencia digital enorme, y será la encargada de ventas online. Pasará de cobrar ocho euros la hora a cobrar once, y trabajará desde casa dos días por semana.

Obviamente, me alegro por ella. Se lo merece.

Obviamente, también, estoy celosa. No puedo evitarlo.

Debería actualizar el currículum y probar y probar y probar, pero qué pereza. En cuarto de carrera, como parte integral del grado, entré a hacer prácticas no remuneradas en el MACBA y pensé que qué suerte. Tres meses después, mi tutora se despidió de mí diciéndome: Sé que para los jóvenes de hoy es difícil. Lo que tienes que hacer es una lista de todas las instituciones culturales de la ciudad, dedicar unos minutos cada semana a mirar si tienen alguna oferta y enviar el currículum aunque creas que el puesto no es para ti, porque así estarás en su base de datos. Seguro que irán

saliéndote cosas. Las personas que valen acaban abriéndose un hueco.

—¿Cómo conseguiste tú el trabajo? —le pregunté.

—¡Uy, yo estoy aquí desde la inauguración del museo! —me respondió como si nada.

Por supuesto, lo busqué en Google: el MACBA se fundó en 1995. La mujer llevaba más años trabajando en el museo que yo existiendo.

Una semana después de que Irene anunciase que se marchaba, Bonaventura viene a verme antes de comer y me dice que cierre la galería, que quiere que vayamos a tomar un café. Lleva pantalones cortos, mocasines y una camisa de lino demasiado pequeña y demasiado transparente para el bien de todas las personas que lo rodean. Cuando me abraza, su sudor se me pega en la piel.

—Seguro que Irene ya te ha contado que se va. Es una pena, porque la galería en la que trabajará no va a ninguna parte, ¿no crees?

Me encojo de hombros porque no quiero llevarle la contraria.

—El verdadero problema es que Margaret también ha dimitido. A ella no se lo tengo en cuenta, ¿sabes? Lleva once años trabajando conmigo. La conozco desde antes de que naciera su hijo. La conozco desde hace más años que su marido, imagínate. Y solo nos deja porque quieren volver a Inglaterra y estar cerca de su madre, ahora que es viuda.

Bonaventura suspira, me mira como si estuviera a punto de revelarme un secreto demasiado secreto para mí y me dice:

—¿Quieres un consejo? No te hagas vieja.

Guau. ¡Qué descubrimiento! Lo que me interesa es que Margaret trabaja en la oficina, y sé lo que Bonaventura va a pedirme antes de que lo haga. También sé que mi respuesta es sí. SÍ.

—He pensado en ti porque tu inglés es muy bueno. ¿Te gustaría encargarte de nuestra participación en ferias?

A la primera persona a la que llamo con la noticia es a mi padre, que me felicita durante treinta segundos y después me bombardea a preguntas: ¿Has hablado sobre las condiciones del nuevo puesto? Tienes que exigir un aumento de sueldo. ¿Qué horario harás? ¿Cuándo empiezas? ¿Tendrás tiempo para acabar el máster? ¿Ya sabes cuántas ferias hacéis al año?

Mi madre me dice que se veía venir que pasaría algo así pronto y me asegura que lo haré genial. La cara de Irene es de alivio, porque ahora no es solo ella la que pasa a mejor vida: Pero ten cuidado si viajas con él, ¿vale? La mejor reacción de todas es la de Emma, porque no analiza nada de lo que le digo, solo lo celebra.

A mi abuela también se lo cuento, pero al que de verdad querría decírselo es a mi abuelo, porque cada vez que sacaba buenas notas a final de trimestre se las mostraba y él me decía: Bien hecho. Después bajábamos juntos a comprar el periódico y me dejaba elegir un artículo de la sección de papelería: un bolígrafo brillante, una libreta, una goma con forma de flor… Lo que quisiera, pero solo una cosa. Lo suficiente para demostrarme que estaba orgulloso pero sin malcriarme.

Abuelo, ¿lo ves? ¡Mi plan de vida avanza!

Por desgracia, cuando vuelvo a hablar con Bonaventura la alegría de colores saturados en la que he vivido los últimos días se amortigua. Le hago las preguntas que me sugirió mi padre y me dice que, de momento, hasta que encuentre sustitutas para Irene y para mí, me quedaré trabajando de cara al público. Que empiece poco a poco, que él me ayudará en todo, y después del verano revisaremos mis tareas y el contrato.

Dos semanas después lo veo todo gris. La imbécil de Margaret no se ha dignado a venir a la galería a enseñarme nada y he tenido que ir yo a la oficina, en horas libres, para que me explicara cuatro mierdas. Todo lo demás me lo ha enviado por e-mail, como si fuera la lista de la compra. Asunto: Cosas pendientes. Asunto: Contraseñas. Asunto: Contactos. El primer día que hablé con ella, le conté que estaba un poco preocupada porque tendría que hacer su trabajo y el mío a la vez, y su respuesta fue que no era tan difícil.

—Yo también trabajé muchos años de cara al público. Cuando tengas momentos tranquilos, te pones un poco y ya está. Ahora tampoco haces gran cosa, *right?*

Menos mal que no tendré que verle la cara nunca más, porque cada día me resultaba más difícil resistirme y no tirarle todo el café encima.

La sustituta de Irene se llama Lucía (Lucy, en confianza), pero se incorpora después del último día de mi amiga y la que debe formarla soy yo. Por supuesto, es una chica joven, recién graduada, que lleva dos años viviendo en Barcelona, lejos de su familia chilena. El perfil ideal que contrata Bonaventura: personas cualificadas pero vulnerables a las que poder explotar. Y el muy cabrón, después de prometerme ayuda, ¿qué hace? Irse a la playa.

—Ya sabes que siempre estoy disponible —se explica—. Hace años que no tengo vacaciones de verdad, de esas en las que desconectas del todo. El año pasado tuve que pasarme un día entero al teléfono cuando estaba en las Azores. ¡Qué remedio! Un negocio propio te hace esclavo. Cualquier cosa, me llamas.

¡Pobre desgraciado! Qué mala vida tener que mirar el móvil y contestar un par de correos desde la piscina de su casa de Calella, que, como todo, ha heredado de su padre. Pero me trago el sarcasmo como si me tragara mi propio vómito y le digo que no se preocupe, que seguro que me las apaño.

La verdad, diga lo que diga Margaret, es que hacerlo todo a la vez no me resulta fácil y estoy agotada. En mis días libres lo único que consigo hacer es tirarme en el sofá y ver *reality shows* mientras como yogur de *stracciatella* compulsivamente delante del ventilador. Emma se da cuenta de que no estoy ingiriendo suficientes nutrientes, porque empieza a cocinar para dos personas y a dejarme la cena hecha. A menudo me digo a mí misma que ya basta, que me ponga las pilas y cocine yo para ella, o que al menos me arregle y la invite a cenar, pero lo único que quiero es dormir y lo único que hago es dormir mal y vivir como una zombi.

No saco la cabeza del culo hasta que me llama mi madre y me cuenta que ha ido con mi abuela al piso de mis abuelos y que ahora sí que está todo vacío y preparado para alquilarlo.

—Le había prometido que iría con ella.

—Ya lo sé, pero me ha dicho que hace días que no vas a verla y no quería molestarte. No te preocupes, ya sabe que tienes mucho trabajo y que eso es lo más importante.

Preocuparme y sentirme culpable es lo único que hago hasta el día siguiente, cuando cojo el metro y voy a la residencia.

La recepcionista me dice que la señora Dolores no está en su habitación, sino en el patio, porque ha venido a verla otro de sus nietos. La encuentro bebiendo limonada con mi primo Roger, el hijo mayor de mi tía Ivet, junto al huerto urbano donde solo crecen tomateras.

—Mira quién acaba de llegar —dice él al verme—. Cuánto tiempo, ¿no? ¿Quieres limonada? La he hecho yo.

—Está muy buena —confirma mi abuela.

¿Está enfadada? Es difícil saberlo con Roger de por medio. Veo que también le ha traído flores, un ramo de esos «silvestres» que acaban costando un dineral. ¿Me he olvidado de alguna fecha importante?

—¡Abril, estaba contándole a la abuela que me traslado! Mariona y yo hemos encontrado un piso en Sants y nos iremos a vivir juntos. ¡En Barcelona! Pero qué voy a contarte a ti, que ya hace tiempo que vives con tu chico. ¿Cómo se llamaba?

Antes de que me haya dado tiempo a decirle que ya no vivo con ningún chico, mi abuela le pide que traiga a Mariona la próxima vez que venga, que le gustaría conocerla. Dice que este es el mejor momento de todos, el principio de vivir en pareja, juntos pero aún sin la responsabilidad de los hijos.

—Me gustaría tener un hijo —dice Roger—. Un miniyó corriendo por casa. Si fuera por mí, pronto nos meteríamos en faena, pero Mariona dice que paso a paso.

¿Cuántos años tiene? Es mayor que yo, pero tampoco tanto. ¿Veintiocho? Es fácil quererlos cuando no tienes que parirlos, pero

de todos modos hay que mantenerlos.

—Abuela, ¿quién crees que tendrá hijos antes, Abril o yo?

—Tú —le contesta ella sin pensárselo ni un segundo.

Tiene razón y lo sabe todo el mundo. De todas formas, Roger me mira como si acabara de ganar una carrera. ¿Y por qué siento que la he perdido?

—Todavía tengo que pensar si querré hijos, pero, si los tengo, seguro que serán planificados —digo yo.

A veces soy una cabrona. Roger fue un accidente. Mi tía Ivet solo tenía diecinueve años cuando se quedó embarazada y, si ahora está donde está, es porque mi madre y mis abuelos la subvencionaron hasta que mi primo empezó la escuela y ella pudo seguir estudiando.

—A veces, por más que se intente, la vida no puede planificarse —dice mi abuela.

Ahora sí que está enfadada.

—¿Sabías que yo perdí a un hijo?

Roger me mira alarmado. Es evidente que a él mis palabras le han herido muy poco y que las de mi abuela le incomodan. Pero nadie puede detenerla cuando empieza a contarnos que, después de tener a mi madre, volvió a quedarse embarazada enseguida. Quería llamarlo Oriol, dice. Pero cuando entraba en el sexto mes, sin previo aviso, lo perdió. Después de ese aborto pasaron años. Lolita creía que ya no podría quedarse embarazada nunca más y dejó correr la idea. Hasta que trece años después del nacimiento de su primera hija, cuando ya casi rozaba los cuarenta, llegó la segunda: Ivet. El regalo que había deseado, pero no cuando lo había querido.

Cuando deja de hablar, el silencio se alarga y se deshace como un chicle que lleva horas al sol. De verdad que no sé qué decir, porque

últimamente me entero de demasiados episodios de la vida de mi abuela. ¿Cómo pueden haberle pasado tantas cosas?

El nacimiento de mi tía Ivet debió de coincidir con los años más difíciles después de la estafa de Adolfo. No me extraña que mi madre me haya contado tantas veces que no se quedaron tranquilos hasta que fueron a Francia, años después, y lo vieron muerto, tumbado en la cama de una casa oscura que olía a moho.

Ella siempre dice: ¡Nos lo quitó todo y aun así acabó muriendo en un nido de pulgas, el desgraciado! Pero cuantos más detalles de la historia conozco, menos me importa el imbécil de Adolfo. Solo puedo pensar en mi abuelo, trabajando sin descanso para pagar deudas, y en mi abuela, haciendo de tripas corazón, cuidando a sus hijas como si no se diera cuenta de que en el banco había poco dinero. La imagen me deprime.

Por suerte, Roger se recupera antes que yo.

—O sea, ¿que soy un accidente hijo de un accidente? Me gusta. Suena a milagro.

—Lo siento, abuela —digo yo, y espero que entienda que lo digo por varias razones.

—Venga —dice ella, como si se sacudiera todo lo que acaba de decir—, hablemos de cosas mejores. ¿Cómo va el nuevo trabajo?

Cosas mejores, dice.

Estoy a punto de mentir porque, si digo la verdad delante de Roger, dentro de tres horas mis padres también la sabrán, pero estoy demasiado cansada y me sale de dentro. Ellos me escuchan sin decir una palabra, mi abuela negando con la cabeza, indignada; mi primo con los ojos muy abiertos, porque nunca he sido tan sincera delante de él.

Cuando acabo, sigo sintiéndome como una mierda. No es como lo venden en las películas. Se supone que ahora tendría que sentirme mejor. Las respuestas alentadoras de mi familia deberían animarme a seguir trabajando duro o a mandar a mi jefe a la mierda y perseguir mi sueño. En la vida real, mi sueño es la mierda. Con mejores condiciones, sí, pero ninguno de los tres sabe cómo conseguirlas.

—Si alguna vez quieres cambiar de sector —me dice Roger—, puedo enseñarte a programar.

Y quizá no sea una locura.

En casa, Emma ha vuelto a poner el pestillo y no puedo abrir la puerta. Esta vez la convenzo de que me deje entrar con mucha más facilidad que hace dos meses y veo que ha quitado las fundas del sofá y de los cojines, que ahora parecen desamparados con la espuma al descubierto.

—¿Puedo ayudarte?

—No. Gracias.

Emma mira fijamente el hoyo que mi culo ha ido formando todos estos días en el asiento de la derecha y parece desesperada. Le da la vuelta para que quede boca abajo, pero no encaja con el izquierdo. Entonces se pone a hacerle un masaje para intentar mover los trozos de viscoelástica, que reviva y vuelva a su forma original.

Es imposible. Es un sofá demasiado barato. Aun así, Emma tiene práctica, porque acaba quedando bastante bien. Es evidente que ella no está del todo satisfecha, pero respira hondo y me pide que le

pase una de las fundas. La pone. La quita. La pone y vuelve a quitarla. Vuelve a ponerla y vuelve a quitarla. Al cuarto intento, los hombros se le relajan un poco. Gira la cabeza con un impulso seco hacia atrás y hacia un lado y le cruje el cuello.

—Tardaré un rato —me avisa.

Intento no molestarla quitándome de en medio y esperando en el marco de la puerta de la cocina. De la misma forma que me he olvidado de mi abuela, también he dejado de pensar en cómo afecta a Emma mi comportamiento. La verdad es que lo he arrinconado todo —incluido el trabajo de fin de máster, que ya no podré entregar a tiempo— mientras me bañaba en el pozo de mis problemas. ¿Cómo le va a Irene en el nuevo trabajo? Tengo que pasar a verla. Ella vino con magdalenas a la galería para celebrar mi «ascenso».

—Abril —me llama Emma—, ¡Abril!

—¿Qué pasa?

Lleva un rato hablándome y yo me había ido a la luna.

—Pásame el mechero del cajón.

El sofá vuelve a estar vestido y para mí está perfecto. ¿Quiere quemarlo? La idea de Emma incendiándonos el piso me pone más de lo saludable. Me la imagino con llamas en los ojos y el sudor recorriéndole el cuerpo. Estoy pirada.

De todas formas, no la cuestiono. Cojo el mechero que tenemos en la cocina para los fogones de gas y se lo llevo. En el brazo del sofá se ha salido un hilo. Emma lo quema con precisión y después deja el mechero en su sitio.

—Ahora sí, más o menos —me dice.

—A partir de hoy me sentaré un día en un lado y al siguiente en el otro.

—Sería mejor si nunca más se sentara nadie —propone ella—, pero entiendo que no es razonable.

Mañana volveré a sentarme en el sofá, pero por ahora le sugiero ir a buscar unas pizzas y comérnoslas en mi cama.

Mientras estamos esperando en el banquito de la pizzería los diez minutos que tardan en prepararnos dos *tartufo e funghi*, la madre de Emma la llama dos veces seguidas. Lo sé porque en la pantalla del móvil pone «Mamá» las dos veces que Emma rechaza la llamada. Cuando el móvil vibra por tercera vez, la pantalla anuncia: «Jana». Emma me mira disculpándose y sale a la calle a contestar.

—¿Todo bien? —le pregunto cuando salgo con las dos cajas de cartón calientes.

—Todo como siempre.

8

—El domingo no hace falta que abras —me dice Bonaventura por teléfono.

Sigue de vacaciones no-vacaciones, y quizá por eso me llama a las diez de la noche, cuando ya estoy en casa. No debería haber contestado, pero me ha llamado tres veces seguidas y creía que pasaba algo grave.

—Tenemos una oportunidad muy buena, Abril. Necesito tu ayuda.

—De acuerdo…

—El domingo, en lugar de abrir, quiero que vengas a Calella con tres o cuatro cuadros de Mònica Vall, los grandes en blanco y negro, y que pases mañana por Múltiples Art y le pidas a Llorenç que te deje el grabado de Chillida que tenía en el escaparate. Y si tiene alguna otra pieza interesante parecida, también. Dile que hacemos lo de siempre, que me diga el precio y yo lo inflo.

—¿Quieres que vaya a Calella?

—Sí. Tengo un amigo, un vecino de aquí, que acaba de redecorar la casa y créeme que tiene mucho dinero. Vale la pena.

—Pero no tengo coche, no sé cómo llegar hasta allí.

—¿Aún no te has sacado el carnet? Creía que estabas yendo a clases.

—Aún no.

—Pues coge el primer tren a Girona, que irá vacío, y voy a buscarte a la estación, no te preocupes.

¿En tren? ¿Con seis cuadros encima? Quiero decirle que está loco, pero no me salen las palabras. Estoy tan cansada que, si abro la boca para hablar, podría empezar a llorar, y no quiero. Le gritaría: ¡Vete a la mierda! ¡Baja tú a Barcelona a recoger los putos cuadros! Pero me he quedado muda.

—Abril, tengo que irme. Llámame el domingo cuando salgas, ¿de acuerdo? Ya sabes que siempre me levanto temprano y estoy disponible. ¡Buenas noches!

Buenas noches, buenas noches, buenas noches, buenas noches, buenas noches, buenas noches, buenas noches, buenas noches. Mi cabeza se ha vuelto una cueva oscura y lo único que queda dentro es el eco de las palabras de Bonaventura. De repente me duele mucho el pecho, como si alguien me hubiera clavado una de esas pajitas de acero inoxidable reutilizables y estuviera chupándome la sangre. ¿Está dándome un ataque al corazón? No me duele el brazo izquierdo. Dicen que duele el brazo izquierdo, pero también que esos son los síntomas en hombres, no en mujeres, o algo así.

El pinchazo continúa y me cuesta respirar. Intento coger aire por la boca, pero me atraganto, y no saber ni respirar es la gota que colma el vaso, literalmente, porque me pongo a llorar. Estallo, mejor dicho. Y llorar no ayuda nada. Se me tapona la nariz y me siento aún más inútil. Seguramente tendría que salir de la habitación, beber agua, levantar las manos para abrir los pulmones y respirar así mejor. Lo que hago es sentarme en el suelo, entre la cama y la pared, acercarme las rodillas al pecho y seguir llorando con toda la cara y con todo el cuerpo.

Lloro tanto que Emma me oye.

La he despertado. Soy idiota. Pobre Emma. ¡Tiene que levantarse tempranísimo!

Quiero decirle que no pasa nada, que puede volver a la cama, pero todavía no tengo voz. Y la verdad es que, cuando se sienta en el suelo conmigo y me abraza, el dolor en el pecho mejora un poco. Sigo llorando, los mocos se me acumulan en la nariz, y en un rincón del cerebro todavía tengo capacidad para pensar que quizá después de verme así nunca más quiera follar conmigo. Ella me acaricia las mejillas, me coloca una mano en el corazón y respiramos juntas. Inspiramos. Espiramos. Inspiramos. Espiramos.

Lo repetimos tantas veces que al final se me secan los ojos y se me abre la garganta.

—Te he despertado. Perdón.

Creo que volveré a ahogarme en lágrimas, pero Emma niega con la cabeza y me da un beso tierno y a la vez lo bastante fuerte para sostenerme donde estoy, a un metro del precipicio.

—Estaba despierta. Mañana no tengo el primer vuelo hasta las ocho y media. Cuéntame qué ha pasado.

Se lo cuento. No parece suficiente, vista mi reacción.

—Podrías llamarlo y hacerle entender que lo que te pide no es razonable —me dice ella cuando termino. Es la respuesta más obvia. Es lo que quería hacer y debería haber hecho desde el principio. Pero no me siento capaz. ¿Y si me echa a la calle?—. O podemos ir juntas a Calella en mi coche.

—¿No trabajas el domingo?

—Puedo cambiarme el turno con alguien.

Lo has vuelto a hacer, dice la voz de mi madre en mi cabeza, estás volviendo a apoyarte en los demás. ¿Y quién es Emma? Aún no te has atrevido a verla como otra cosa que tu «compañera de piso». Sería mejor que fueras autosuficiente, que llamaras a Bonaventura y te solucionaras tú sola el problema. Pero estoy demasiado cansada.

—Gracias —le digo simplemente.

Nos levantamos del suelo y voy a lavarme los dientes. Cuando vuelvo, Emma se ha metido en mi cama y está escuchando música con los ojos medio cerrados. Me dejo caer a su lado y escondo la cara en el agujero de su cuello hasta que me duermo.

—No te preocupes, van bien —le digo.

—¿Estás segura de que tan poco plástico de burbujas es suficiente?

Emma conduce con mucha prudencia y no deja de lanzar miradas preocupadas a los cuadros, que hemos apilado en los asientos traseros, bajados.

—Tendremos que desembalarlos cuando lleguemos, no vale la pena poner más. Lo importante es que los bastidores de los pequeños no estropeen la tela de los grandes, pero los hemos colocado bien.

Asiente con la cabeza e intenta convencerse de que sé lo que digo.

—Es que son tan caros…

—Tendrías que ver nuestro almacén.

—Los de la otra galería parecen a prueba de bomba.

Es verdad. Al final, Llorenç me ha dejado dos grabados de Chillida, ya enmarcados y metidos en una caja de cartón. También me ha pasado la información de las piezas para que podamos venderlas: aguafuerte, edición de cien, firmado por el artista, 1966. Xilografía, edición de setenta y cinco, firmada por el artista, 1969.

—En Múltiples Art son muy exagerados. Piensa que están acostumbrados a trabajar con antigüedades y obras de artistas muertos.

Nosotros, como solo vendemos arte contemporáneo, tenemos a los artistas aquí mismo si hay que reparar, duplicar o devolverles piezas.

Cuando llegamos a la dirección que me ha pasado Bonaventura, solo vemos una reja de metal rodeada de metros y metros de arbustos perfectamente recortados. Llamamos al timbre y la puerta se abre sin que nadie nos pregunte quiénes somos. Detrás, un camino de tierra flanqueado por cipreses nos lleva hasta una casa modernísima, toda ella con líneas rectas pero ligeramente asimétrica, de dos pisos y con ventanales de unos cuatro metros de altura. No es una casa, es una mansión.

—Madre mía —dice Emma.

Sí. Poca cosa. Hacer entregas a clientes es de las partes que más y que menos me gustan de mi trabajo. Por una parte, es como ir de excursión, y son horas lejos del ordenador, de la galería y de los turistas. Por otra, es la manera más efectiva de que te coma la envidia por la vida de otro.

Ahora sí, Bonaventura y el cliente, que se llama Roland, vienen a recibirnos.

—*Bienvenues*, bienvenidas —nos dice el hombre, y veo que sonríe casi salivando al comprobar que Emma es básicamente una supermodelo—. ¿Necesitáis ayuda? Puedo pedirle al cocinero que nos eche una mano. Aún no tengo mucho servicio.

—Tranquilo, no pesan —le asegura Bonaventura—. Abril y yo nos ocupamos. ¿Cómo se llama tu amiga?

—Emma —le contesta ella—. Encantada.

Extiende la mano a uno y después al otro. Los dos parecen extremadamente decepcionados por no poder darle besos.

El interior de la casa es minimalista y espacioso, pero los acabados son caros. El suelo es todo microcemento gris oscuro, las paredes son de mármol blanco y los muebles están hechos a medida. Entiendo por qué Bonaventura me ha hecho traer solo cuadros blancos y negros: no hay ni una gota de color, excepto en la piscina, que en lugar de las tradicionales baldositas azules tiene unas de color rojo centelleante.

Los grabados de Chillida los pondrá en el recibidor —los quiere los dos—, y los tres grandes cuadros de Mònica, en formato tríptico, encima de uno de los sofás. De todo lo que hemos traído, solo dos piezas volverán a Barcelona. Creo que incluso Bonaventura esperaba que regateara más, y puedo verlo contando los ceros. Le brillan los ojos.

Yo estoy cagándome en todo. Mientras sujetaba uno de los cuadros para que Roland pudiera pensar si le gustaba o no, ha empezado a dolerme mucho la barriga. Un mal conocido. He ido al baño mientras discuten qué cantidad es posible pagar en negro y efectivamente: la regla. ¿Por qué ahora? ¡Aún no me toca! Pues ¿por qué no? Siempre en el peor momento posible. Me he embutido un

montón de papel, pero llevo tanga y vestido, y cuando vuelvo al comedor se me cae el pañal improvisado. ¡En el puto microcemento! Que alguien me mate. No llevo nada en la mochila y este tal Roland no tiene pinta de tener mujer ni hijas.

—Disculpad —digo, aunque preferiría estar diciendo cualquier otra cosa—, ¿hay algún supermercado por aquí? Tengo una emergencia. —Y ante su incomprensión—: Femenina.

Aaaaaaaaah, dicen ellos. Muerte. Muerte. Muerte. Muerte. Muerte.

—Te llevo en coche —me dice Emma inmediatamente. Pero Roland desestima la idea con un movimiento de mano y un chasquido de la lengua.

—Ya has conducido hasta aquí. Quédate y descansa. ¿Qué os parece si estrenamos la piscina?

Nosotras nos miramos con pánico. No, que no nos separen.

—¡Marcelo! ¡Marcelo! —grita Roland—. Necesito que acompañes a la chica al supermercado.

Un hombre moreno de metro noventa con unos bíceps interminables y tatuajes por todo el cuerpo se materializa en el comedor. Es el cocinero. ¡Joder! Está buenísimo. Y ahora le toca hacerme de conductor porque, a pesar de nuestras protestas de que no hace falta, de verdad, que vamos con nuestro coche, nadie nos hace ni puto caso.

Si no me compro un tampón, pronto dejaré una marca permanente en esta casa, así que al final acepto con resignación ir al Mercadona más cercano con Marcelo y dejar a Emma con los babosos. La miro y espero que sepa leerme la mente: Perdóname. Vuelvo enseguida. Ten cuidado. Si los matas, te ayudaré a enterrar los cuerpos. Ella asiente con un minúsculo movimiento de la cabeza.

Marcelo resulta ser un trozo de pan y me promete que serán veinte minutos como mucho.

—Te entiendo, de verdad. Mi mujer nunca quiere subir a verme durante la temporada de verano porque Roland solo es capaz de hablarle a sus tetas.

No sé si reírme o llorar.

—¿Sabes de dónde le viene la pasta? —le pregunto.

—Sé que es propietario de una marca de vinos.

Claro que lo es.

—Pero nadie que no haya nacido rico puede vivir de eso, ¿no? —Marcelo niega con la cabeza, como si todavía no pudiera creerse que la vida sea así—. Y tu jefe, ¿de dónde saca el dinero?

—Su padre se hizo rico vendiendo pintura para coches. Creo que abrió la galería después de ver el mal gusto que tenían todos sus nuevos amigos, para aprovecharse de ellos.

Cuando volvemos, Emma está tumbada en una de las hamacas alrededor de la piscina con la cabeza totalmente escondida debajo de una pamela. Roland no deja de mirarle las piernas y tengo ganas de pegarle una hostia. Por suerte, Bonaventura está de buen humor y ha empezado con una de sus historias, lo que lo mantendrá ocupado al menos media hora. Voy hacia ella y le pregunto qué prefiere, que nos marchemos ahora mismo o después de comer. Marcelo me ha preguntado si nos apetecía alguna comida en especial y yo le he dicho, obviamente, sushi, pero me preocupa haber empujado a Emma fuera de su zona de confort durante demasiado rato. Todavía no tengo muy claro qué cosas pueden ser detonantes para ella. Sin embargo, no me sorprende cuando me dice:

—Vaciémosle la nevera y nos vamos corriendo.

Es difícil resistir la combinación: sushi + gratis.

Por tercera vez, como si no fuera capaz de entender la negativa, Bonaventura intenta convencer a Emma de que trabaje en la galería. Le promete de todo: que tratará de cuadrar nuestros horarios, que le pagará todas las horas extras en efectivo, que participará en «proyectos muy interesantes» y que nunca se aburrirá.

—Te lo agradezco —le contesta ella con su mejor sonrisa de azafata—. Pero me gusta trabajar en aviones, volando.

—¿Estás segura? Mira que tengo mucha intuición a la hora de contratar. Abril es un ejemplo. ¡Y nosotros también volamos para ir a ferias!

Emma sonríe una última vez, pero ni se digna a seguir contestándole. Estamos de pie junto al coche, esperando a que se calle para marcharnos. Vencido, Bonaventura se vuelve hacia mí. Está un poco borracho. Roland ha sacado botellas de cosecha propia mientras esperábamos el sushi, mientras comíamos el sushi, y también una vez terminado el sushi, con el postre. A mí hoy no me apetecía nada beber y he alargado la primera copa toda la comida sin que se dieran cuenta porque no dejaba de levantarme a servirles más y más a ellos. Emma, como iba a conducir, tenía excusa oficial.

—Abril, Abril, Abril. En septiembre participaremos en KIAF, ya lo sabes. ¿Tienes ganas? Ya verás lo bien que nos lo pasamos. Quieres venir, ¿verdad que sí? Te cogeré vuelos. ¿Estás preparada?

¿Preparada para pasarme doce horas sentada en un avión a tu lado? Nunca.

¿Preparada para viajar a Seúl con los billetes pagados? Siempre.

—¡Claro! Ya estoy en contacto con ellos.

—Muy bien, muy bien.

—Estáis invitadas a volver a visitarme cuando queráis —interviene Roland. Habla en plural, pero solo se dirige a Emma.

—Es un espacio precioso —le hago la pelota, lo que sea para que la deje en paz—. Y los cuadros quedan espectaculares. Si alguna vez estás en Barcelona, pasa por la galería a saludarnos. Ah, y muchas gracias por la comida. Dile a Marcelo que estaba todo buenísimo, por favor.

Emma sube al coche. Yo digo cuatro chorradas más y la sigo. Nos quedamos en silencio durante todo el caminito de arena y solo cuando la puerta de metal se cierra detrás de nosotras definitivamente respiramos de verdad. Luego nos echamos a reír.

—¡Qué hombre tan pesado! —grita Emma.

—¿Hombre? ¡¿Cuál de los dos?!

—Rectifico: ¡qué hombres tan pesados!

—Pero ¿has visto qué casa? ¿Por qué no puede ser mía?

—No me gusta nada la piscina roja. ¿Y no crees que una casa tan grande da miedo por las noches? No sé si podría estar ahí sola.

—Sola no, conmigo —le digo sin pensarlo.

Suena muy sincero. Muy vulnerable. No puedo evitar sentirme descubierta, cosa que no tiene ningún sentido porque ya vivimos juntas. Emma no desvía los ojos de la carretera, pero me coge una mano y la acaricia.

—¿Cómo te encuentras? ¿Te duele la barriga?

—No, no mucho.

—Aún es temprano. ¿Quieres que pasemos por Arenys de Mar y nos demos un baño? En el mar azul, como debe ser.

—Creo que nunca he estado en Arenys.

—Yo iba mucho con mi hermana en agosto, cuando no tenía escuela y ya se habían terminado las colonias, porque el tren te deja al lado de la playa y es fácil llegar desde Barcelona.

Emma no habla mucho de su familia. Lo único que me ha contado hasta ahora es que su hermana mayor, Jana, vive en Viena y que se llaman a menudo.

—¡Vamos!

Hace mucho calor. Aparcamos el coche, me pongo el bañador que había cogido por si acaso detrás de la toalla e intento que no todo el mundo me vea el culo blanco como una luna. ¿Cuánto hace que no tomo el sol? Emma tampoco está morena. Somos ratas de ciudad.

La playa está a dos minutos del parking y a rebosar. Hay grupos de amigos, familias enteras con los táperes ya vacíos, más de un altavoz con músicas conflictivas y mucha gente flotando en el agua en calma. No sopla ni una pizca de viento. Nos tumbamos en una toalla grande que he encontrado en el fondo de la cajonera esta mañana y, cinco minutos después, nos hemos cocido. ¡Venga, al agua!

Cuando las olas se extienden sobre la arena mojada y me rodean los tobillos, tengo la sensación de que el frío se me cuela dentro, me llega al cerebro y arrastra hacia fuera toda la tensión que he acumulado estas semanas. Me siento adulta. Estas cosas solo les pasan a los adultos. Ninguna niña ha dicho jamás: He ido de vacaciones al pueblo de mi abuela una semana y he vuelto nueva. Necesitaba no hacer nada y romper la rutina.

Me hago vieja. ¡Es oficial!

Emma me salpica. A propósito. Riéndose. Yo me vengo lanzándome encima de ella y nos sumergimos las dos de golpe, en un abrazo submarino. Emergemos. Cogemos aire. Volvemos a reírnos. Pienso en la piscina roja de la casa millonaria, y he superado la envidia. Aquí tengo todo el mar, y la tengo a ella.

—Abril. —Mi nombre suena serio—. Si quisieras dimitir…, tengo bastante dinero ahorrado para pagar el piso unos meses yo sola.

¿Dimitir? ¿Por qué?

—Bonaventura pide demasiado. Mi trabajo tampoco es perfecto. ¿Sabías que solo nos pagan las horas de vuelo, no las de retraso?

—¿De verdad?

—Pero cuando tengo días libres, tengo días libres. No me llaman del trabajo a las diez de la noche ni me hacen ir a casa de los pasajeros, por muy vip que sean.

—Sé que Bonaventura puede llegar a ser un poco invasivo, pero ir a casa de los clientes es parte de mi trabajo.

¿O era parte de mi trabajo? Ahora se supone que tengo un rol diferente. Margaret nunca iba a casa de nadie, que yo sepa. Y en realidad tiene razón. Al fin y al cabo, mi contrato es de dependienta.

—Solo quiero que sepas que está esa opción, si la necesitas.

Se me eriza la piel, y no es del frío. Me acerco a ella nadando y nos damos un beso salado, largo, sin prisa. Después nos quedamos frente contra frente, con los ojos cerrados. Los ruidos de la playa, de la gente, de los coches, de los chiringuitos, del niño que se cae persiguiendo a su hermano mayor y de las amigas que cantan desafinadas; todos los ruidos siguen ahí. Pero la respiración suave de Emma la siento más real que lo demás, tan cercana que podría

ser la mía. Le digo al oído que no quiero que este día se acabe nunca, y ella me contesta que no tiene por qué terminar. Existo a su lado, y no me cuesta nada. Es fácil, como si lo hubiera hecho toda la vida. Pero he convivido toda la vida con mis padres y, aunque los quiero mucho, no siempre es un amor fácil. No es tan sencillo. Creo que nunca he estado tan a gusto con nadie, pienso, y Emma lo dice:

—Quizá la pregunta sea absurda, pero… ¿estamos juntas?

9

Físicamente, Jana se parece a Emma: es alta, delgada, tiene los ojos verdes y la nariz afilada.

—No sabéis lo que me pasó ayer mientras venía a Barcelona —nos dice Jana cuando nos sirven la comida.

Tiene la voz grave, un poco rasposa, y cuando habla da la sensación de que está compartiendo un secreto contigo y solo contigo.

Estamos en una cafetería hípster donde solo sirven brunch y cada día huele a domingo. He elegido la opción más sana de la carta: huevos poché, ensalada de espinacas y kale, dos tipos diferentes de hummus y pan integral, porque estoy intentando seguir el ejemplo de mis padres y comer más vegetariano y más saludable. Está bueno. Está muy bueno. Pero tanto Emma como Jana han pedido un plato de *pancakes* con fruta y chocolate caliente y las odio un poco.

—Abril, tienes que saber que a veces hablo demasiado —continúa Jana.

Emma sonríe y asiente con la cabeza. Solo hace tres cuartos de hora que la conozco y puedo corroborarlo, porque nos ha hablado sin parar de su gato y de cómo le vomitó en los zapatos anoche mientras hacía la maleta con una cantidad de detalles innecesarios

pero fascinantes. No me cuesta nada imaginar que, de pequeñas, todos los silencios de Emma los llenaba Jana.

—El libro que me había traído no me interesaba nada y acabé charlando con la mujer que estaba sentada a mi lado. —Entre frase y frase hace una pausa para llenarse la boca de *pancake* y *chai latte*, y mi hummus sabe cada vez más a garbanzo—. Al principio me dirigí a ella en alemán, porque tenía pinta de austriaca, pero resultó que era francesa y…

La historia se le muere en la boca. Emma y yo nos volvemos para ver qué la ha distraído y veo a una mujer que nos mira como si toda la harina, todo el azúcar y todos los huevos batidos del mundo no fueran capaces de ocultar la peste que desprendemos. Es alta y delgada y tiene los ojos verdes. Lleva el pelo largo hasta media espalda, tan liso que solo puede ser planchado, y las mangas de la camisa remangadas justo por debajo de los codos. Podría ser presentadora de telediarios.

—Veo que habéis empezado sin mí.

—Mamá —le dice Jana, y con resignación devuelve la fresa que tenía en el tenedor al plato.

Emma se ha puesto muy recta en la silla, como si le tiraran de las orejas. Su madre se sienta y pide un café con leche, corto de café.

—¿No me vas a presentar a tu compañera de piso? —le pregunta.

Un segundo después, sin esperar respuesta, me tiende la mano.

—Cristina.

Yo se la estrecho.

—Abril.

Llega el café. Cristina me habla solo a mí, como si sus hijas no terminaran de interesarle. Me pregunta qué estudio, dónde trabajo y

si hago suficiente deporte. Me cuenta que ella jugó al baloncesto muchos años y que tenía la esperanza de que Jana o Emma compartieran su pasión, pero que ninguna de ellas había destacado lo suficiente cuando las apuntó a hacer baloncesto federado. Jana es… más artística, y supongo que le ha salido bien. En Viena forma parte de una orquesta cuando no está traduciendo. A Emma ya la conoces, solo sale de casa para ir a trabajar.

—Mamá —intenta cortarla Jana—, ¿por qué no…?

—A ver cuándo me invitáis a ver el piso, que ya hace meses que te fuiste y ni pío.

Esto sí que va dirigido a Emma.

—Te envié fotos —le contesta ella.

Sigue recta como un palo, pero su voz es tranquila. Me coge la mano por debajo de la mesa. El chocolate caliente de los *pancakes* ya ha vuelto a solidificarse. Nadie tiene hambre. Cristina extiende una mano y coge el brazo libre de Emma, que todavía tiene encima de la mesa porque bebe el zumo de naranja a sorbos minúsculos.

—Ya sabes que lo digo porque te echo de menos. No puedes tratarme así, ¿eh?

La pellizca. Es un gesto pequeño, que si lo hubiera hecho mi abuela habría sido cariñoso, pero le duele. Lo ha hecho con fuerza. Con mala leche. ¿Quién se ha creído que es? Emma me aprieta la mano y freno de golpe el ataque que iba a lanzar.

El silencio que nos rodea tiene un sabor amargo y se me instala en el paladar.

—La verdad es que creía que habíamos quedado para desayunar, no para hacer un brunch —digo cuando veo que ninguna de las hermanas piensa intervenir, y hago toda una pantomima de mirar la

hora en el móvil—. Emma, lo siento, pero deberíamos irnos ya. Lucy sale de trabajar a las dos y le he dicho que pasaríamos a buscarla.

Es todo mentira. A Lucy le toca trabajar hasta las nueve y media de la noche y no tengo ninguna intención de ir al Gótico si nadie me paga por hacerlo. El aire acondicionado se estropeó hace días y la galería es ahora mismo una cámara de tortura. Bonaventura me ha jurado que ha llamado a un electricista, pero ya no me creo nada de lo que dice.

—¿Tan poco tiempo tienes para tu madre? —pregunta Cristina mirando solo a Emma.

—Es culpa mía —insisto—. Si hubiera sabido que usted vendría, habría cancelado todos los planes.

El «usted» la hiere. Excelente.

—Seguro que sí —me responde.

Ojalá pudiera escupirle en la cara.

—Marchaos, marchaos —nos dice Jana—. Otro día nos vemos con más tiempo. ¡O venís a verme a Viena! Encantada de conocerte, Abril. Hoy invito yo.

Una vez fuera, Emma echa a correr. Aún vamos cogidas de la mano y me esfuerzo por seguirle el ritmo. Dos esquinas más allá, se detiene de golpe y se vuelve para abrazarme.

—Odio cuando mi madre utiliza palabras normales, pero consigue que me sienta como…, tan…, como si todo lo que hago fuera decepcionante.

Su voz se enreda en mi pelo y siento que tamborilea con los dedos en mi espalda un ritmo que ahora ya conozco: uno, dos, tres, cuatro, uno, dos, tres, cuatro.

—Ya sé que es tu madre —le digo yo, e intento hacerlo con tacto —, pero a mí no me han parecido palabras normales. ¿Te ha hecho daño en el brazo?

También quiero saber si siempre ha sido así, si por eso Emma quería trasladarse a toda prisa y si podemos hacer algo más que ignorarla. ¿Denunciarla?

Uno, dos, tres, cuatro. Con cada tanda, Emma me da un poco más de espacio para respirar. Uno, dos, tres, cuatro.

—Lo sé. Tiene épocas mejores y épocas peores, pero no la justifico.

—Emma, quizá deberías…

—No.

¿No? Pero ¡si no sabes lo que iba a decirte!

Uno, dos, tres, cuatro.

—Mi relación con mi madre no es buena, pero no quiero hacerle nada. No es responsabilidad mía hacerla mejor persona. Simplemente, quiero tener el mínimo contacto posible con ella, y ya está.

Uno, dos, tres, cuatro. Seguro que hay más razones. Más historia. Podría rascar y encontraría la mierda. Me ha bastado con darle la mano a Cristina para saber que no nos entenderíamos. ¿Y el padre de Jana y Emma? ¿Dónde está? Uno, dos, tres, cuatro. Ahora que lo pienso, nunca la he oído hablar de su padre. Uno, dos, tres, cuatro. Pero quizá lo que necesita ahora mismo no es que la diseccione.

—De acuerdo.

Mato la curiosidad.

—¿Volvemos a casa?

La entierro.

10

Bonaventura pide tenedor y cuchillo. Dice que no se acostumbra a los palillos, y mucho menos a los palillos coreanos, que son metálicos y resbalan. Se llena la boca de *dumpling* y, cuando aún no se lo ha tragado, comenta:

—Qué mala suerte. —Uno de los trocitos de carne picada le sale volando de entre los labios y se estampa contra la pared blanca del restaurante—. ¿Has conseguido que se encienda?

—No.

Habla de mi móvil, que ha muerto asesinado por su negligencia. Podría haberle pagado los vuelos a Tristán para que viniera a hacer su trabajo y nos ayudara a montar el stand, pero no, entre tú y yo será suficiente, dijo.

Todo el transporte se ha hecho por vía aérea y la mayoría de las obras que tenemos expuestas son cuadros que no pesan mucho. De todos modos, como son envíos internacionales, los hemos hecho traer en cajas de madera reglamentarias que sí pesan lo suficiente para partirme la pantalla del móvil al caer encima.

—Toma —me dice Bonaventura—, mi contribución para que te compres uno nuevo.

Se saca la cartera del bolsillo trasero de los pantalones y me da ciento cincuenta mil wones. Parece muchísimo, pero son cien euros

al cambio. Mi móvil lo compré reacondicionado y me costó unos cuatrocientos. ¿Qué quiere que encuentre por cien euros?

La sopa de fideos cortados con cuchillo que he pedido está buenísima, pero me cuesta disfrutar de ella. Necesito un móvil. No estoy más lejos de casa que hace veinticuatro horas, cuando aterrizamos, pero me siento más sola que nunca. Dependo totalmente de Bonaventura y no lo soporto. Ni siquiera tengo el ordenador para enviar un e-mail y tranquilizar a mis padres.

Por suerte, los coreanos no tienen cultura de sobremesa y nos traen la cuenta en cuanto ven que hemos terminado. Cuando volvemos al hotel, le digo a Bonaventura que me voy directa a dormir porque todavía arrastro jet lag y, cuando oigo que él también se mete en su habitación, salgo y bajo a recepción a preguntar dónde hay una tienda de móviles abierta. La verdad es que estoy muerta de cansancio. Si pudiera, me desnudaría, me ducharía durante media hora con agua muy caliente y me iría a dormir a las nueve de la noche con las gallinas, como hacía mi abuelo. Pero necesito autonomía y solo la conseguiré de una forma: con internet.

—Le imprimo un mapa —me dice la recepcionista, y se despide de mí con la mano para desearme suerte.

Qué asco. La imagen de Bonaventura mientras masticaba con la boca abierta y escupía sin darse cuenta siquiera me persigue por las calles de Seúl. Qué mala impresión debemos de haber dado. Qué vergüenza. ¿Cómo puede ser que la galería todavía funcione? Es un impresentable. Pero la gente lo toma en serio. Continuamente. Más a menudo que a mí, eso seguro.

Un bloque de pisos más a la izquierda y llego. Por favor, que sea aquí. Necesito llamar a Irene antes de irme a dormir. Ella siempre

sabe qué hacer. Me dirá: Abril, mañana dile a Bonaventura que, ya que utilizas tu móvil y tu número personal para hacer gestiones de empresa, lo mínimo que puede hacer es comprarte uno nuevo del mismo valor. No es pedir demasiado. Y yo le diré: Sí, lo haré. Y seguiré quejándome durante quince minutos más hasta que me dé sueño. Y mañana no le pediré nada a Bonaventura, porque imagínate que se lo toma a mal y nuestra relación se vuelve incómoda estando atrapados él y yo a nueve mil kilómetros de casa, pero me sentiré mejor.

—¿Cuál es tu verdadero nombre?

—Samuel.

—No, quiero decir tu nombre coreano.

He hecho un amigo.

—No lo digo con mala intención, pero dudo que puedas pronunciarlo.

Samuel hizo el Camino de Santiago el pasado año y sabe cuatro palabras en castellano. Es camarero en una de las cafeterías que han montado en la feria y, cuando el otro día me oyó hablando con Tristán por teléfono, que estaba indicándome paso a paso cómo tensar los bastidores sin cargarme los cuadros, me dijo: Aquí tienes, en castellano, cuando me pasó la taza humeante. Yo solo procesé después, cuando ya volvía a nuestro pabellón, que no lo había dicho en inglés.

Como estoy bebiendo una media de tres cafés al día, no tardé en volver y preguntarle si no había alucinado y realmente me había hablado en castellano. ¿Por qué el Camino de Santiago como primer

destino europeo? No lo sé. Pero vi que llevaba una cruz de plata colgando del cuello, así que no dije nada.

Enseguida nos dimos cuenta de que podíamos beneficiarnos mutuamente: él habla coreano y conoce la ciudad, y yo tengo entradas vip para todos los eventos relacionados con Frieze y KIAF, para mí y un acompañante.

—Quiero intentarlo igualmente —insisto con el nombre.

—Vale, vale: Gyeon Si-woo.

—¡Keon Si-wo! ¿Lo he dicho bien?

—Bastante bien.

Estamos en la tienda de Louis Vuitton. O mejor dicho: estamos en el barrio de Gangnam, en la tercera planta del edificio de Louis Vuitton, diseñado por Frank Gehry, el mismo del Guggenheim, en un evento con DJ, drag queens y una cantidad ilimitada de canapés que nadie se come, solo yo.

Es la segunda noche que me escapo de Bonaventura. Creo que se ha dado cuenta de que no quiero pasar con él ni un minuto más de lo necesario, pero hoy he cerrado una venta lo bastante grande como para recuperar la inversión de venir hasta aquí y por ahora me ha dejado en paz.

Ayer fuimos a la inauguración de una exposición de Anish Kapoor en la galería Kukje y también cenamos gratis. Era realmente impresionante la cantidad de dinero que se habían gastado: había una barra donde la gente hacía cola para pedir tataki de atún y en el patio habían colocado un *food truck* donde todavía más gente esperaba para probar la comida callejera. Tenían cerveza ilimitada, botellas de agua en cubos gigantes y jabón de manos de Aesop en

los baños. Seguro que también habían tenido vino y champán, pero llegamos tarde.

—Ven, vamos a hacernos una selfi —le digo a Si-wu.

¿Si-wu? Sam.

No dejo de hacer fotos y de enviárselas a Emma. Cada vez que pulso el botón, mi móvil nuevo hace clic a todo volumen, aunque lo tenga en silencio. Cuando me di cuenta de que no podía cambiar la configuración, volví a la tienda de Samsung donde lo había comprado para que me lo arreglaran, pero no pudieron. Por ley, aquí todos los móviles hacen ruido cuando haces una foto.

Sea como fuere, no me arrepiento del riñón que me ha costado. Seguro que Roger sabe arreglarlo cuando vuelva a Barcelona.

—¿Quién es Emma? —me pregunta Sam leyendo mi pantalla.

—¿Eres muy religioso?

—¿Cómo?

—Lo digo por la cruz.

Los ojos se le iluminan.

—Abril, ¿eres lesbiana?

—No.

Levanta una ceja.

—Pero sí, Emma es mi novia.

—¿Y creías que era homófobo porque llevo una cadenita?

—¡Has ido a hacer el Camino!

—Sí, y allí me certificaron como homófobo —me dice irónico, poniendo los ojos completamente en blanco.

Una vez aclarado que Sam cree en un Dios que ama a todo el mundo y que fue a Santiago porque le gusta hacer deporte cuando

va de vacaciones, nos marchamos de Louis Vuitton, atravesamos el río y cambiamos de barrio.

Hongdae es universitario y tiene muchísimo ambiente. Hay conciertos en vivo en la calle, salas de karaoke, locales llenos de fotomatones, cafeterías petadas, aunque son las once de la noche y a nadie le conviene la cafeína, un arcade donde gano un plátano de peluche y rótulos de neón por todas partes. El hangul, el alfabeto coreano, me gusta mucho y no entiendo nada, y todo eso me ayuda a darme cuenta de que estoy en la otra punta del mundo y de que qué puta suerte tengo en realidad.

—Prométeme que la próxima vez vendrás a Barcelona —le digo a Sam cuando me pide un taxi para que vuelva al hotel—. Te presentaré a Emma, y si quieres te llevaré de excursión por el Montseny para que no te aburras.

—¡Hecho! —me contesta él con el entusiasmo de seis cervezas.

Yo también he bebido cerveza y, cuando miro por la ventana y veo las calles pasar, la burbuja de alcohol en la que floto me lleva a pensar que podría quedarme una temporada por aquí, trabajando en alguna galería, haciendo amigos y viviendo una especie de segundo Erasmus. Quizá… si no tuviera a Emma. Ni a mi abuela. Si fuera otra Abril. Una Abril paralela menos precipitada, que se hubiera quedado a vivir unos años más con sus padres, hubiera ahorrado dinero y ahora pudiera hacer cosas que yo ya no puedo hacer.

Abrazo el plátano de peluche. En el cristal de la ventana del taxi, la Abril paralela me devuelve la mirada. ¿Qué cosas se habría perdido ella? Qué melancolía estúpida. Basta.

Tan rápido como ha venido, se evapora.

A las cinco y media, Bonaventura me pasa el destornillador eléctrico y me dice:

—Voy a llamar al señor Kim.

Es un intento desesperado, pero es la única opción que merece la pena perseguir. El señor Kim es propietario de un hotel de Seúl y está a punto de inaugurar otro en Busán. Los hoteles son clientes magníficos para nosotros, porque tenemos toda una selección de obras geniales para recibidores y pasillos: cuadros que te recordarán a algún otro artista de renombre, como Klee o Rothko, y que nadie se detendrá nunca a mirar.

El fin de semana no ha estado cargado de clientes, como Bonaventura deseaba, y el domingo a las cinco de la tarde, cuando las puertas de la feria se han cerrado oficialmente, la única venta es la que hice el viernes.

—Si compra los tres le haré una rebaja importante, por supuesto. —Oigo que le dice—. Un veinte por ciento y envío gratuito.

El puesto donde trabajaba Sam también ha cerrado, pero está claro que no le toca a él desmontarlo porque ya está a mi lado.

—¿Te echo una mano? —se ofrece cuando ve que el cuadro que intento mover me llega a la barbilla.

Juntos lo levantamos y lo encajamos dentro del contenedor de madera.

—Gracias.

—Venía a convencerte de que vayamos a comer *dakgalbi*, ya que es tu última noche. Pero… veo que tienes trabajo.

Tenemos que embalar todos los cuadros, y esta vez hay que hacerlo bien: burbuja, film, espuma protectora en las esquinas,

mucha cinta adhesiva y más burbuja. Cuando parecen una almohada, a la caja de madera, que cerramos con tornillos.

—Creo que tardaremos un par de horas, pero ¿puedo llamarte cuando acabe?

—Abril, veo que tienes ayuda —nos interrumpe Bonaventura. Tiene ojos de loco. ¿Quizá buenas noticias del señor Kim?—. Genial, porque tengo que marcharme un rato. He quedado a cenar con el del hotel a las siete, así que tengo el tiempo justo para ducharme.

Se vuelve hacia Sam, le hace una reverencia exagerada, le dice: *Nice to meet you, young man*, y le estrecha la mano que el otro no le había extendido. Después se centra otra vez en mí.

—Deja los tres cuadros que le gustan para el final, por si acaso quiere volver a verlos, y ve empaquetando los demás. Calculo que regresaré entre las ocho y media y las nueve. Cualquier cosa, me llamas, ya lo sabes. ¡A ver si tenemos suerte de una puñetera vez! —acaba medio gritando y se acerca a darme un beso en la cabeza, como se hace con los bebés—. ¡La necesitamos!

Sam no tiene la boca abierta, pero no es necesario. Toda su cara es de espanto.

—No he entendido nada —me dice—, pero parece un loco.

Seguramente debería indignarme por el hecho de que está pasándome el muerto de todo el desmontaje, pero su comportamiento no me sorprende. No estoy enfadada, estoy harta.

La carta de renuncia se la envío por e-mail una semana después. Voy preparándola dentro de mi cabeza con cada corte de cinta adhesiva y cada martillazo durante las tres horas que tardo en empaquetarlo todo, y eso que Sam se queda a ayudarme.

Querido Bonaventura:

Te comunico mi decisión irrevocable de renunciar a mi cargo como dependienta *(y a todos los demás cargos por los que no me has pagado)* el próximo día 29 de septiembre *(porque legalmente no puedo irme antes)*.

Agradezco el trato recibido *(mentira)* y te comunico que haré los quince días del plazo de aviso según marca la ley para que puedas reorganizar mis tareas.

Atentamente,

ABRIL

Después la edito durante las catorce horas de vuelo de vuelta mientras ronca a mi lado, satisfecho de haber vendido al final uno de los tres cuadros al señor propietario de hotel, que regateó tanto que más le habría valido volver con el cuadro a Barcelona.

Quería explicarte que mi renuncia se debe a motivos personales *(como, por ejemplo, que me merezco un sueldo mejor, que estoy harta de no tener un horario razonable y que, si alguna vez vuelves a darme un beso sin mi consentimiento, me veré obligada a lavarte la boca con disolvente)* y hacerte saber que agradezco todo lo que he aprendido *(a hostias)* estos dos años a tu lado. Si pudieras escribirme una carta de recomendación *(es lo mínimo que me debes)* para futuros proyectos, me sería de gran ayuda.

Cordialmente *(vete a cagar)*,

ABRIL

Cuando la recibe, viene corriendo a la galería y me dice que no la acepta. No entiende por qué quiero dimitir.

—¿Por qué no te vas de vacaciones unos días, descansas, y cuando vuelvas vemos cómo te sientes?

No me mira a los ojos. No se sienta a hablar conmigo. Va hacia el almacén, ve la garrafa que utilizamos para rellenarnos los termos y, en lugar de servirse un vaso, la abre y se echa toda el agua por encima intentando beber a morro.

—¿Estás enferma? —me pregunta preocupado, y trata de disimular el desastre que acaba de hacer.

¿Se cree que dimito por un problema de salud?

—No. Necesito dedicarme unos meses a jornada completa a terminar el máster.

—Pero aquí eres muy necesaria, Abril.

—Lo siento…

¿Por qué cojones estoy disculpándome yo?

—Ya veo que lo tienes decidido —me dice después de un segundo intento con el agua—. ¿No hay nada que pueda hacer? Podemos cambiarte el horario. Puedes venir a trabajar solo a la oficina, seguro que pronto encontramos a alguien para que se quede en la galería.

—He prometido a mis padres que me centraría —le digo negando con la cabeza.

Bonaventura suspira y al final cierra la garrafa. La deja en el suelo. Pasa un minuto en silencio y se lo veo en las cejas cuando abandona.

—Lo entiendo, Abril —me dice. Ahora no solo me mira, sino que me sujeta una mano entre las suyas—. Te deseo mucha suerte. Si vuelves a tener disponibilidad, me avisas, ¿de acuerdo?

Me he quedado sin carta de recomendación.

11

Soy un gato.

Exhalo, y soy una vaca.

Un gato enfadado, con la espalda curvada hacia arriba, y una vaca que mira al cielo e inspira. El aire huele a incienso, y cuando giro los ojos hacia arriba solo veo el techo de bóveda catalana del estudio, pero me gusta perseguir la imagen. Vaca, inhalo; gato, exhalo. Coordinar respiración y movimiento es más difícil de lo que parece, pero según el profesor es lo más importante de todo. Dice que, si conseguimos dominar la respiración, podemos engañar a nuestro cuerpo y relajarlo incluso en momentos de mucha ansiedad.

Hace dos semanas que dejé la galería, y un mes entero desde que empecé a enviar currículums a todas partes. Por ahora, nadie me ha llamado para entrevistarme. A las cuatro de la mañana, cuando me levanto porque tengo que ir al baño, en lugar de hacer el recorrido con los ojos cerrados y volver a la cama, como solía hacer, últimamente me invaden titulares como: Dimitir fue la peor decisión de tu vida. O: No te quiere nadie más y pronto no te quedarán ahorros. Para combatirlos, y de paso gastarme las reservas de dinero aún más rápido, me he apuntado a hacer yoga.

Ahora soy un perro mirando hacia abajo. Esta posición requiere bastante más imaginación, porque nunca he visto un perro con

forma triangular, pero me esfuerzo por dejarme llevar, me concentro en respirar y, sobre todo, en no pensar en nada. En dejar la mente en blanco y ser zen.

Podría hacerme influencer.

No de esas que venden una vida perfecta, sino de las que comparan supermercados y te dicen cuál es más barato. Estos días el algoritmo me muestra vídeos de personas que se compran las barras de labios Nivea y comparan las tonalidades: la más popular, sin duda, es la barra de mora, la Blackberry Shine. También podría hacer vídeos de recetas de cocina que cuesten menos de tres euros, como las tiritas de calabacín al horno con sal, pimienta y parmesano en polvo que preparé ayer. O hacerme booktuber y recomendar libros.

Pero ¿quién me vería? Y, peor aún, tendría que editar los vídeos y escuchar mi propia voz. ¿Por qué en nuestra cabeza sonamos tan diferentes de como nos oyen los demás? Si tuviera una buena voz, podría leer audiolibros.

—Cuando sintamos que la mente divaga —dice el profesor, que se llama Ignasi—, es importante hacer el esfuerzo de volver al presente. Fijaos en vuestros cuerpos. Ombligo hacia dentro, los ojos miran la punta del brazo derecho, la pierna en un ángulo de noventa grados: postura del guerrero.

Sí. Aquí. Ahora. Basta de pensar en trabajos que nunca haré.

Aunque podría abrirme un OnlyFans y ganar dinero vendiendo ropa interior. Arnau me contó que una amiga suya vendía bragas usadas por Wallapop. Cincuenta euros por braga sudada, cien si se había corrido encima. Si compras un paquete de siete tangas en el Oysho por veintidós con noventa y nueve, te sale un beneficio de

más de cuarenta y seis euros por pieza, mínimo. Quizá un poco menos, por el envío. Con este tipo de producto uno no puede arriesgarse a entregarlo en mano. Redondeando, unos cuarenta euros. Así el presupuesto incluye alguna braga de calidad para ocasiones especiales, como las rojas para Fin de Año. Está genial.

Para entrar en la fase de relajación, el profesor dice que tenemos que imaginarnos que somos un plátano maduro cuando nos tumbamos en el suelo y llevamos las piernas y los brazos primero hacia la derecha y después hacia la izquierda. ¿Un plátano?

La cuenta de OnlyFans podría llamarse PlushieBananaPorn, y para no mostrar la cara pondría de foto de perfil el plátano de peluche que gané en el arcade de Corea. Así también cada braguita tendría una foto del antes y el después, con una referencia fija y reconocible para los clientes. ¿O el plátano es un símbolo demasiado fálico?

—¿Cómo te has sentido hoy, Abril? —me pregunta Ignasi cuando estoy atándome los zapatos.

Es un hombre bajo y muy fibrado. Aunque tiene una mata frondosa de rizos negros, no me cuesta nada imaginármelo calvo porque le nacen muy arriba de la frente.

—¡Muy bien! Creo que voy mejorando.

—Claro, con un poco de práctica todo se aprende.

Ojalá esta fuera la mentalidad de los *recruiters*. En LinkedIn solo encuentro dos tipos de oferta: o me piden siete años de experiencia, o buscan una becaria a la que puedan pagar trescientos euros al mes. Ofertas relacionadas con arte solo he encontrado dos, y una era un voluntariado.

—¿Nos veremos mañana?

Mañana y todos los días mientras no tenga nada mejor que hacer. ¿Cómo lo consiguió Irene?

—Si quieres que Abril te pinte, tendrás que pagarle. Gratis solo me lo hace a mí —dice mi abuela.

Teresa le contesta que claro y, con una mano todavía en el andador para no perder la estabilidad, utiliza la otra para sacar un billete de diez euros del monedero y dejarlo en la mesa.

—No hace falta, de verdad —le digo.

—Sí que hace falta, sí.

—Quería un color un poco atrevido, ahora que llega el invierno —nos dice Teresa, una compañera de planta de Lolita que me vio pintarle las uñas la semana pasada y me preguntó si podría pintárselas a ella también la próxima vez que viniera—. Mi nieta llevaba las uñas azules el otro día. El azul quizá sea demasiado juvenil, pero estoy harta del rosa que nos pone la peluquera de aquí.

—Es buena chica, la pobre. Nos cuida mucho. Pero somos muchas y apenas tiene tiempo —la justifica mi abuela.

—¿Y verdes? Tengo un esmalte de color verde botella precioso, mire.

No parece demasiado impresionada.

—¿Esto es la moda ahora?

—Podemos utilizar el verde de base y el dedo anular hacerlo de otro color. ¿Plateado?

Quizá acabo haciendo una horterada. Mi abuela Lolita piensa lo mismo, porque cuando su amiga me contesta que adelante, ella dice: ¿Sí? ¿Segura? Pero a Teresa le ha molado el plateado.

Una semana después tengo cola. Antònia, Maria Rosa y Quimeta también quieren uñas nuevas, y todas traen diez euros en la mano. No sé si es que mi abuela les ha pedido que se ofrezcan voluntarias porque sabe que voy escasa de dinero o si realmente la peluquera que las atiende no da abasto. No soy ninguna experta esteticista, así que no les toco las cutículas, solo les limo las puntas de las uñas para que tengan buena forma y se las pinto: a Antònia en verde botella, como se las había visto a Teresa; a Maria Rosa, lilas, a juego con los pendientes que su marido le regaló por los cuarenta años de casados, y a Quimeta, doradas, porque pronto cumplirá ochenta y ocho años e irá a cenar al Mirablau con su hijo.

Mi abuela, cuando por fin es su turno y las demás se van a ver la tele, me pregunta si he hablado con Roger últimamente.

—No. ¿Es que no viene a verte?

—¿Por qué no le pides que te enseñe cosas de ordenadores? Hoy en día todo va así, seguro que encontrarías trabajo.

No quiero aprender a programar. Ni a utilizar el Excel, ni saber qué son las KPI. Pero todo lo que sé parece inútil. Mis padres creen que estoy loca por haber dejado la galería justo cuando había conseguido un puesto mejor. ¿Vas a ponerte a vender zapatos? Pues sí. ¿Cuál es la diferencia entre vender cuadros y vender zapatos?

Mi abuela lee mi silencio y empieza una de sus historias.

—En el laboratorio, cuando alguien se hacía daño, venían a pedirme a mí que los ayudara. A veces saltaba un trocito de cristal y se les metía en el ojo, y eso duele mucho. Como a mí no me daba asco, les giraba el párpado y, con unas pinzas —me dice haciendo el gesto con los dedos—, plic, se lo sacaba.

Solo de oírlo un escalofrío me recorre todo el cuerpo.

—¿No llevaban gafas?

—Siempre me ha gustado curar. No sé. También los vendaba cuando alguno se cortaba y les limpiaba las heridas. Si alguien acababa herido, me llamaban. Después lo hice con tu madre, que siempre se pelaba las rodillas.

Seguro que habría sido buena enfermera, o doctora, si hubiera podido estudiar.

—Está muy bien que tengas una vocación, pero no dejes que te limite. De todo se puede aprender.

—Vale —le digo por fin—, le escribiré. Si dentro de dos semanas no he encontrado nada, hablaré con Roger.

La técnica, me explica Irene, es seguir a personas que trabajan en el sector que te interesa y estar pendiente de sus publicaciones. En tres semanas me envía tres ofertas de trabajo que ha encontrado para mí, que, exactamente como ha dicho, no se han publicado, y las tres responden a mi correo. Una es para trabajar programando las actividades de un centro cívico, y la entrevista me va genial. La segunda es para hacer visitas guiadas en el museo del Cacaolat, que, por lo que entiendo, quieren decir la tienda para los que visitan la fábrica de Santa Coloma. Y la tercera…

—Tu experiencia más reciente que veo aquí… ¿es esa galería del barrio gótico?

—Sí.

—Cuéntame qué modelo de galería es, qué tipo de clientes.

¿De verdad? La entrevista es online porque la directora y propietaria de la galería FRMD —ella lo ha pronunciado como el

inglés *framed* cuando se ha presentado— vive a caballo entre Barcelona y Ciudad de México. Lleva unas gafas de pasta negras gigantes, demasiado grandes para su cara, y mientras hablamos mira el móvil. Lo que busca es una *gallery manager* para hacer, básicamente, de todo.

Le cuento lo mejor que puedo que estoy acostumbrada a tratar con todo tipo de clientes y a hacer el seguimiento, que he ido a ferias en el extranjero, he escrito *newsletters*, he organizado envíos y que también me encargaba de gestionar todas las ventas de Artsy. Pero sé que el arte que vende Bonaventura es más comercial que el de su galería y que, en el fondo, lo que quiere es que lo critique. Porque Bonaventura factura más que FRMD. Seguro.

—Nosotros somos una galería de arte contemporáneo de verdad, *you know?* Es importante que sepas llevar el tema de ventas y administrativo en general, pero quiero saber si estás integrada en el tejido cultural de la ciudad. ¿Por dónde te mueves? ¿A quién conoces? ¿A qué inauguraciones vas?

¿Por todas partes? ¿A nadie? ¿A todas las que puedo?

—Vuestro espacio lo conozco porque una vez hice una ruta con Art Nou, y erais una de las galerías que participaban. Cada vez que puedo intento ir a inauguraciones, la última, hace un par de semanas, en Piramidón. Y he trabajado estrechamente con Múltiples Art…

—No la conozco.

—Tratan más con arte del diecinueve y del veinte…

—Entonces no me extraña. *Okay*, también quiero saber, *you know*, qué expectativas salariales tienes. ¿Cuánto cobrabas hasta ahora?

¿Es legal preguntarlo? ¿Qué hago?, ¿miento?

—Estaba a tiempo parcial, pero me salían unos mil euros netos al mes…

—¿No lo sabes en bruto?

—Eh, no, disculpa.

—¿Y cuánto querrías cobrar ahora?

—Pues unos mil trescientos, mil…

—¿Netos? —me pregunta extrañada.

Por un segundo creo que he dicho una tontería enorme. Pero Bonaventura me pagaba ocho euros la hora, que a jornada completa serían mil doscientos ochenta euros al mes, ¿y hay alguien más rata que Bonaventura?

—*Okay* —se autocontesta—. Estamos empezando a hacer entrevistas, *you know*. La incorporación sería de cara a enero, así que ya te diré algo.

—De acuerdo, gracias.

Le digo adiós con la mano, pero la reunión ya ha terminado y me veo a mí misma haciendo el gesto inútil en la pantalla. Me duelen las mejillas de mantener la sonrisa. Qué mujer tan desagradable, *you know?* Espero que me llamen del centro cívico y, si no, del Cacaolat, donde seguro que hacen un buen lote en Navidad. Ni siquiera le he preguntado cuánto tiempo tardaría en «decirme algo». ¡Pfff!

Ya que estoy con el ordenador, busco tutoriales en los que me expliquen cómo aprender a programar desde cero. Mañana he quedado con Roger para tomar un café y me ha dicho que llevará el ordenador y me enseñará por dónde empezar, pero de todas formas prefiero ir preparada. No quiero parecer completamente inútil.

Cuarenta y dos minutos después, cuando el vídeo termina, me levanto y tengo ganas de hacer de plátano maduro. Hay más

lenguas de programación que lenguas de verdad en el mundo. El cabrón del vídeo lo ha dicho al final, cuando ya creía que entendía algo. Por descontado, no tengo ni idea de cuál domina Roger. No tengo ni idea de lo que hace en general, más allá de que tiene algo que ver con mapas.

El parquet está lleno de polvo y hace frío. De todas formas, cierro los ojos y cuento mientras respiro. Inhalo en uno, dos, tres y cuatro. Retengo el aire. Exhalo en uno, dos, tres, cuatro, cinco y seis. Oigo a Ignasi, que siempre dice: Imaginemos que tenemos raíces y apoyamos todo el peso de nuestro cuerpo y de nuestros pensamientos en el suelo.

Emma e Irene se conocen durante el encendido de las luces de Navidad. No puedo creerme que ya haya luces de Navidad que encender, porque hace nada era pleno verano, pero he perdido el sentido del paso del tiempo.

La buena noticia es que me he graduado. Aún no oficialmente, porque el semestre termina en enero, pero ya he entregado el trabajo de fin de máster y la tutora me ha dicho que me aprobará. Las demás noticias son malas —no me dieron el trabajo en el centro cívico porque querían a alguien con más experiencia dirigiendo grupos humanos— o mediocres —estuve repartiendo *flyers* en días puntuales gracias a Randstad y he podido pagar el alquiler de noviembre—. He adelgazado, y no por el yoga. Todos mis sujetadores parecen de otra persona, y toda la ropa de invierno del año pasado se me cae.

—He comprado cuatro churros por cabeza —anuncia Emma.

Estamos en los Jardinets de Gràcia, que, después de dos años de sequía, en lugar de Jardincitos podrían rebautizarlos como Desiertitos, esperando con otras ciento cincuenta personas a que se haga la luz.

—¿Quieres?

—Por favor —contesta Irene exagerando la separación entre sílabas.

Por-fa-vor.

Emma sonríe y le tiende la bolsa de papel abierta.

—¿Abril?

—Acabo de comer. Ya cogeré después.

Tampoco puedo creerme que ya sean fiestas, porque eso significa que pronto hará un año que mi madre me llamó para decirme que se habían llevado a mi abuelo al hospital. Hacía dos días que Irene y yo habíamos aterrizado en Marrakech, y recuerdo que me preguntó si pensaba que tendría que volver antes.

—No creo. No es la primera vez.

Era verdad. En los últimos dos años se habían llevado a mi abuelo al hospital al menos tres veces. Había vivido muchos más de los que le habían diagnosticado en un principio, y me había hecho a la idea de que era demasiado tozudo para morirse.

En total íbamos a pasar cinco días en Marruecos. Justo hasta después de Reyes. La mañana que volvíamos, mi madre me dijo que fuera corriendo al hospital porque los médicos les habían dicho que ya no podían hacer nada más y estaban dándole morfina.

Todavía no había muerto, pero me pasé las dos horas en el aeropuerto llorando y las dos horas de vuelo con los ojos secos pero la cabeza nublada pensando que, cuando volviera a tener conexión,

mi madre me diría que ya era demasiado tarde. Y de todas formas lo era. Mi abuelo estaba inconsciente en una cama de hospital. Todavía no había muerto, pero ya no podría volver a hablar con él. Nunca más oiría su voz diciendo:

—Abril, si este año me toca la lotería, ¿adónde vamos?

A las seis en punto se oye un «oh» colectivo cuando el paseo de Gràcia se enciende por primera vez. Yo veo las luces borrosas porque se me han acumulado un par de lágrimas en las comisuras de los ojos. Es Navidad, y por primera vez mi abuela tendrá que sentarse sola a la cabecera de la mesa.

—Irene, ¿tienes vacaciones este año o te hacen trabajar?

Tengo que hablar de cualquier cosa para distraerme.

—Pues… la verdad es que ninguna de las dos cosas.

—¿Cómo?

—Es lo que tenía que contarte.

Emma está mirando los churros que no me he comido en el fondo de la bolsa, y veo que dentro de poco la pondrán nerviosa, así que me acerco a ella y se los quito de las manos.

—¿Vuelves a cambiar de trabajo?

—Sí, pero esta vez el puesto está en Berlín —me dice Irene.

No.

—¿Qué dices?

—No te he dicho nada estos meses porque no quería estresarte, con todo el número que te montó Bonaventura en Corea y sabiendo que estabas haciendo entrevistas… Pero el trabajo en Rojet i Tomàs no ha sido lo que me esperaba. Mi jefe me trata como si fuese imbécil. No puedo hacer nada de forma autónoma. Todo tiene que revisarlo tres veces y no deja de decirme cosas como: Presta

atención, que de esto puedes aprender mucho. Me trae libros a la oficina que según él son muy importantes para mi desarrollo personal y quiere que me los lea sí o sí. Un día me preguntó si podía hacerle el favor de quedarme una tarde de canguro de su hija en lugar de hacer mi trabajo, porque era más importante que él pudiera hacer el suyo.

—¿Hay algún propietario de galería de arte que no esté loco? —pregunta Emma.

—Creo que no —le contesta Irene.

—¿Y qué harás en Berlín?

Me molesta que no me haya dicho nada hasta ahora. Yo le cuento todas mis penas. La última vez también dimitió así, sin avisarme de que estaba pensando en abandonarme.

—Un doctorado.

—Eso significa que tienes que quedarte. ¿Cuánto tiempo?

—Cuatro años.

Cuatro años, mínimo. ¿Y si conoce a un alemán guapo y adinerado y se casa con él? Aunque viendo el historial, quizá vuelva en seis meses.

—¿Y de qué es el doctorado? —le pregunta Emma al ver que estoy en modo avión y que he perdido la capacidad de responder.

—Formaré parte de un grupo que investiga la repatriación de objetos robados por imperios coloniales. Mi TFM trataba un caso concreto…

—¿Cuándo te vas? —la interrumpo.

Me silba el oído izquierdo.

—El 15 de enero. Abril, ¿estás bien?

—Sí, todo bien. Hoy me duele un poco la cabeza.

—Espero que cuando esté instalada vengáis a verme. ¡Te echaré mucho de menos! Pero la cantidad de oportunidades fuera no puede compararse con las de aquí. Ya estás viéndolo, ahora que buscas.

Miro a mi amiga y tengo ganas de decirle que cómo se atreve a querer comerse el mundo lejos de mí.

—Veo que has abandonado toda esperanza de encontrar un *sugar daddy*.

—Eso nunca.

—Dudo que se paseen por las universidades.

—Y en Berlín no hay mar, así que tampoco puedo ir a buscarlos a la puerta de sus yates.

—Qué desastre. ¿Cómo te lo montarás?

—Esperaré hasta que me lo encuentres tú.

—Vas apañada.

—¡Por favor!

¡Por-fa-vor!

No quiero que te vayas, debería decirle. Pero sería demasiado egoísta y se marcharía igualmente, y entonces la distancia física entre nosotras se abriría paso por dentro y la perdería del todo.

—Llámame una vez por semana, mínimo. ¡Y basta de dimisiones sorpresa!

—Sí, señora —me dice haciendo un saludo militar—. Te lo prometo.

—Por cierto, ¿no puedo heredar tu puesto, ya que estamos?

12

La película se titula *Emma y las cuatro nueces*.

Érase una vez una madre soltera que fue a vivir a un piso del Guinardó, encima de una farmacia. Aquel invierno, su hija de tres años, Jana, no dejaba de ponerse enferma y, de tanto bajar a comprar Apiretal, la madre acabó casándose con el farmacéutico. Tres años después nació una segunda hija.

Emma creció feliz, como crecen las hermanas menores: sin tener que luchar por todas las cosas por las que ya había luchado su hermana mayor. La madre de Emma y de Jana, por motivos que no hay tiempo de mostrar en dos horas de película, era una mujer de modales ariscos y muy exigente con las personas que la rodeaban, sobre todo con sus hijas. Sin embargo, el padre, el señor farmacéutico, la quería, y con su amor conseguía ablandarla y suavizarle el carácter. También servía de contrapunto en la educación de las hijas, ya que, según él, eran unas princesas y todo lo hacían bien.

Cuando Emma estaba a punto de cumplir dieciséis años, una tarde de domingo, estaban comiendo en familia. Después del postre, con el café, su padre se sirvió cuatro nueces. Una, dos, tres y cuatro. No había cogido plato. Las nueces estaban colocadas en hilera,

directamente encima del mantel. Se comió una, dos, y con la tercera se atragantó.

Después de su muerte todo fue a peor. Jana, que acababa de terminar el grado, se marchó a buscar trabajo al extranjero. A Emma empezaron a invadirla pensamientos intrusivos. Y su madre, que ya casi había olvidado por qué había tenido que ir a vivir sola con una hija pequeña a cuestas a un piso del Guinardó donde nadie la conocía, supo que no volvería a tener la misma suerte.

Como no tenía a nadie a quien culpar, decidió culpar a la persona que tenía más cerca. En Emma no veía nada de su marido, porque era prácticamente una fotocopia de ella misma, y eso le causaba resentimiento. Tampoco entendía por qué de repente su hija tenía que abrir y cerrar la puerta cuatro veces ni por qué tardaba tanto en hacer los deberes. Su extraña conducta la crispaba y, aunque en el fondo sabía que no lo hacía a propósito, no dejaba de reñirla, de gritar que no podía más y de irse al bar después del trabajo para evitarla.

En la escuela enviaron a Emma a ver a un psicólogo, que la derivó a un psiquiatra, que le diagnosticó trastorno obsesivo-compulsivo. Cuando se enteró de que lo que le pasaba tenía nombre y explicación, Emma se echó a llorar de alivio. No estaba loca. Y podía mejorar.

Para su madre, el diagnóstico fue una sentencia perpetua. Su hija tendría TOC siempre. Ella había intentado hacerlo todo bien en la vida, pero las dos hijas le habían salido defectuosas: una tenía al padre equivocado y la otra tenía uno muerto que la había trastornado. Nunca más serían una familia como es debido, que vive encima de una farmacia y come junta los domingos. El local se

vendió y abrieron una panadería. Jana no volvió a vivir con ellas nunca más, y Emma, en cuanto tuvo la oportunidad, alquiló una habitación y dejó de hablar con ella.

Fin.

Es una película basada en hechos reales que me cuenta Emma con un ojo completamente rojo en las urgencias del ambulatorio, llorando. Su abuela —la madre de su padre— lleva tres días en el hospital, y su madre no se había dignado a decírselo hasta hoy. Lo único que puedo hacer es acariciarle el dorso de la mano.

Es tan típico odiar a la suegra. Pero la odio.

—Mi abuela todavía hace la escudella con arroz. A mi padre no le gustaban los *galets*. Creo que lo dijo una vez cuando tenía nueve años, y en adelante la sopa siempre fue con arroz.

Lo he buscado en Google y pone que seguramente lo que le pasa a Emma es que se le ha reventado una vena del ojo.

—Seguro que para Navidad ya se encontrará mejor —trato de consolarla.

Es lo que se dice.

—Me siento egoísta.

—¿Por qué?

—Porque me preocupa casi tanto tener que pasar las fiestas con mi madre como que mi abuela se muera. Quiero decir que si se muriera habría dos consecuencias terribles: no tenerla y celebrar para siempre la Navidad con escudella de *galets* y mi madre borracha del cava de empresa.

Emma me mira como pidiéndome: Por favor, dime que no estoy loca. Yo sufro más por su ojo inyectado en sangre, que realmente está rojísimo, que por nada de lo que haya dicho hasta ahora.

—¿Y tu hermana?

—Siempre se va de viaje.

—¿Emma Muro? —grita la enfermera desde la puerta de la consulta.

Las dos nos levantamos y nadie me pide que espere fuera. La doctora termina rápido, y el diagnóstico es el mismo que el de sus compañeros de internet a los que habíamos consultado antes. Ponte estas gotas tres veces al día, y etcétera, etcétera. Cuando le pregunto cuál puede haber sido la causa de que le explotara una vena, su respuesta no es demasiado comprometida.

—A veces pasa. Quizá te has arañado el ojo sin darte cuenta o estás un poco estresada últimamente.

La verdadera explicación me parece obvia: es por culpa de su madre, que le ha soltado la bomba de su abuela demasiado tarde y sin el menor tacto.

De camino a la farmacia decido que, si la abuela de Emma se muere, la invitaré a pasar el día de Navidad con mi familia. Que espero que no. Pero si ocurriera. Si fuera necesario, podríamos pasar el 24 por la noche con su madre y con Jana, a la que convencería como fuera de que este año viniera, y el 25 con mi abuela, en casa de mis padres, con mi tía Ivet, mi tío Albert y los Tres Cerditos.

Desde hace años mi padre y yo llamamos en privado a mis primos los Tres Cerditos porque, cuando los gemelos eran pequeños y Roger adolescente, su juego preferido era: A ver quién atrapa la pelota. La pelota de carne. Ahora el mote me sabe un poco mal. Estos días Roger está siendo un buen primo. Casi como un amigo. Nos encontramos una vez por semana con la excusa de que quiero aprender a programar y acabamos hablando de cómo hemos visto a

la abuela la última vez que hemos ido a la residencia o de lo caro que está todo últimamente.

A veces también hablamos del abuelo. Roger venía muchas veces con nosotros a Montserrat de excursión. Dice que no recuerda que yo cantara en el coche, porque siempre se quedaba dormido, pero sí tiene muy presente un día que nos compraron bastones de madera, suponemos que para que los lleváramos cuando caminábamos por la montaña, y que terminamos utilizándolos como espadas y luchamos entre nosotros. Él era un bandolero y yo la Moreneta, la Virgen de Montserrat, que defendía el camino al monasterio.

—Menuda mezcla.

—Me inspiraban las películas del Oeste que veían los abuelos después de comer. Las tardes que tenía que esperar allí hasta que viniera a buscarme mi madre…, eso también lo recuerdo mucho. Después, como nos fuimos a Manresa, los vi menos.

Quizá sea eso. Ahora que vuelve a vivir en Barcelona, vuelve a ser un primo de verdad.

Le he hablado de Emma. Aunque con la que realmente quiero hablar de ella es con mi abuela, solo que todavía no me he atrevido porque la quiero demasiado como para arriesgarme a que no le guste una parte de mí. No lo creo. Nunca la he oído decir nada ofensivo. Pero la puerta no está cerrada del todo. Hay un hueco lo bastante grande para que corra un hilo de aire con la duda: ¿y si me ve diferente?

Lo sabré dentro de poco.

Espero de todo corazón que la abuela de Emma se recupere, pero de todas formas quiero presentarle a todo el mundo antes de Navidad. Ya toca.

—Tres noventa —dice la farmacéutica.

—Con tarjeta, por favor.

Emma paga las gotas para los ojos y le desea un buen día. Si su padre no hubiera muerto, ¿habría acabado detrás del mostrador de una farmacia como esta? ¿Y habríamos llegado a conocernos? ¿Me habría entendido con él?

Creo que sí, pero quizá tengo que dejar de montarme películas. La verdad es que la quiero y por eso tengo ganas de que todo el mundo la conozca, y no solo como «mi compañera de piso».

Hostia.

Nunca se lo he dicho.

Me vuelvo para mirarla y el sol que se cuela entre los edificios me ciega. De repente, tengo la sensación de que hace meses que la quiero de noche, a puerta cerrada, en momentos a solas. Hasta ahora, mis sentimientos han ido creciendo a ratos, cuando no los miraba, cuando estaba demasiado preocupada pensando en otras cosas. Pero ahora quiero gritarlo. Quiero que lo sepa, que no lo dude.

Siempre ha sido ella la que ha dado el primer paso.

Caminamos un tramo más y los rayos de sol se esconden detrás de la esquina.

—¿Qué pasa? —me pregunta.

Quizá no me corresponda.

—Emma…

Nos detenemos.

—Lo sabes, ¿no? Quiero decir que te quiero. Te quiero.

En la sombra, el viento es frío. Con cada segundo de silencio se me va poniendo la piel de gallina. Primero la de los brazos y después

la de todo el cuerpo. Emma cierra los ojos y lo interpreto como una mala señal.

—Tengo un ojo como un tomate. Parezco un vampiro, o peor. ¿Cómo se te ocurre decírmelo ahora?

—Como si te queda así para siempre. Puede que no sea el mejor momento…, pero quería que lo supieras. Y que estoy aquí, por si me necesitas.

Emma niega con un ligero movimiento de la cabeza, pero sonríe.

—Lo sé. Sé las dos cosas. —Abre los ojos, el blanco y el rojo, y me mira—. Lo sé desde hace tiempo porque nunca me había sentido tan querida. No tan abiertamente, ni de tan cerca.

Ay.

—Abril, yo también te quiero.

Shit.

¿Por qué sabe decirlo tan bonito?

Cuando veo una llamada que empieza por noventa y uno, lo primero que me viene a la cabeza es que quieren venderme placas solares. Últimamente me llaman para cosas rarísimas. El otro día querían invitarme a la inauguración de un hospital en Valencia. No tengo claro si ha sido buena idea poner mi número de teléfono como contacto en el currículum, pero no quiero perderme ninguna oportunidad. Como estoy a punto de entrar en una exposición, no contesto.

Dos segundos después, el mismo número vuelve a llamarme.

—¿Abril? Buenas tardes, soy Berta, de Lateral Gallery. ¿Tienes un momento para hablar?

—Hola, Berta. ¡Sí, buenas tardes!

—Mira, te cuento: hemos recibido tu currículum para el puesto de asistente de dirección y creemos que tu perfil encaja con lo que buscamos. Supongo que conoces la galería. ¿Has visto nuestra página web?

—Sí, y os sigo en Insta.

—Genial. Quizá hayas visto que vamos a abrir un segundo espacio en Madrid. Pues quería hablar contigo antes de hacerte la entrevista para comentarte que el puesto requeriría que vivieras aquí, aunque tendrías que viajar bastante a Barcelona, como mínimo durante un tiempo. ¿Te interesaría igualmente continuar en el proceso de selección? Lo digo para que ni tú ni yo perdamos el tiempo si no es el caso.

Sin pensarlo, le digo que sí, ella me hace un resumen de las condiciones y quedamos en persona al día siguiente. Cuando cuelgo, la conversación que acabo de tener se repite en mi cabeza y solo ahora proceso las palabras: Lateral Gallery, asistente de dirección, tareas administrativas y venta —siempre venta—, galería de diseño contemporáneo y siglo xx, jornada completa y Madrid a partir de febrero.

Para no quedarme más tiempo de pie en la acera molestando a los peatones, llamo por fin al timbre. He ido a ver una exposición colectiva organizada en un piso de la calle de Sant Ramon, al lado de la Filmoteca, en la que participa Pau Palaus. De todos los artistas de la galería, Pau siempre encuentra tiempo para hacer proyectos alternativos interesantes. Lo que más echo de menos de trabajar es la satisfacción de vender piezas de artistas que me gustan, de artistas que sé que lo necesitan para pagarse el alquiler o de artistas

como Pau, que son un culo inquieto y todo lo que cobran se lo gastan en material para el siguiente experimento.

Esta vez ha pintado unos cuadros en miniatura de solo siete centímetros de lado con escenas familiares: un niño desayunando cereales, una pareja viendo la tele y un anciano con un perro. Están colgados en hilera en una pared del comedor que te encuentras nada más entrar. El cuadro del centro es el más elaborado y definido y, a medida que avanzas, a ambos lados los dibujos van difuminándose y cada vez son más abstractos hasta transformarse en cuatro líneas que reconozco porque son una reproducción en miniatura del tipo de piezas que nos traía a nosotros.

A mano derecha hay una instalación de otro artista: una puerta cerrada y una luz que parpadea, intermitente, que se cuela por los bordes y te hace pensar que detrás pasa algo. Me tienta tanto esta promesa que tiro de la puerta y la abro solo para descubrir el cableado, y vuelvo a cerrarla rápidamente antes de que alguien crea que me lo he cargado. Por suerte, aparte del chico que me ha abierto en la entrada, solo hay una mujer que está distraída haciendo fotos.

En el baño hay todo lo que puedes encontrar en un aseo: pasta de dientes, una pastilla de jabón de manos medio deshecha, botecitos de tónico, suero y crema. En los cajones abiertos de debajo del lavabo hay papel de váter, cajas de compresas Ausonia, cepillos de dientes para invitados de emergencia y condones. En el lavabo han abandonado un cortaúñas todavía a medio utilizar, con todas las uñas cortadas y esparcidas, y en la esquina de la bañera hay un cenicero con tres colillas y un papel arrugado en el que se lee el

principio de un número de teléfono con instrucciones claras: «Llámame».

Todo es cerámica.

Pienso en las horas que se habrá pasado el artista modelando, cociendo y esmaltando arcilla solo para recrear un tubo retorcido de Oral B que parece para tirar, y la dedicación me da envidia. A veces me gustaría tener tan claro a qué quiero dedicar horas y horas de mi vida.

Al día siguiente, convenzo a Berta de Lateral Gallery de que estaré encantada de pasarme cuarenta y cinco horas por semana vendiendo sillas y muebles de recibidor de diseño escandinavo. La convenzo tan bien que por la tarde vuelve a llamarme y me ofrece el trabajo. Como todo ha ido tan rápido, me dice que me lo piense unos días y que se lo confirme, como máximo, el miércoles.

Parece amable. Estaría bien trabajar con gente amable.

—¿Quién era? —me pregunta Emma, que acaba de salir de la ducha.

—Berta —le contesto yo como una idiota.

Todavía no le he dicho nada de todo esto. Creía que no sería necesario. Llevo casi cuatro meses buscando trabajo y hasta ahora nadie me había dicho que sí.

—Nunca me has hablado de ella, creo.

—Me ha ofrecido un trabajo.

Su cara se transforma en un signo de exclamación y me dice:

—¡Abril! ¡Ya sabía que tarde o temprano alguien vería lo genial que eres! ¡Felicidades!

—No sé si quiero aceptarlo.

Ahora en los ojos tiene signos de interrogación. Es tan fácil leerla que no entiendo cómo al principio de conocerla la entendía tan poco.

—Porque el trabajo es en Madrid —añado.

Y lo demás ya se entiende.

Nos sentamos en el sofá y le cuento exactamente lo que me ha dicho Berta esta mañana: que quieren a una persona a la que puedan formar durante un mes en Barcelona, en la galería que ya tienen abierta, y que después se traslade a Madrid y gestione el espacio de allí junto con el propietario, que iría y vendría de una a otra.

Es posible que el propietario de esta galería sea como los demás y esté loco. Algo debe de tener, porque todo parece demasiado perfecto. Pero, de todas formas, ser la asistente de dirección y ayudar a gestionar un espacio desde cero sería una buena oportunidad para aprender y dejar de estar estancada con un contrato de dependienta.

Lo peor de todo, cuando acabo, es que ya sé lo que dirá Emma.

—El vuelo Barcelona-Madrid solo dura una hora, unos cincuenta minutos en el aire, y para mí es gratis. Si es una buena oportunidad y es lo que quieres hacer…, deberías probarlo.

13

Todo va bien.

—Ven, que te mostraré los geranios. A ver qué te parecen.

Mi madre se levanta, deja la servilleta al lado del plato con lionesas a medio comer y espera a que Emma la siga a la terraza.

Todo ha ido bien.

Mi padre decide que el abandono del postre no es solo temporal y empieza a recoger la mesa.

—¿Quieres un té?

Yo también me levanto y lo ayudo a llenar el lavavajillas.

—Qué paciencia, pobre chica —me dice mirando a través de la ventana—. Llevo días diciéndole a tu madre que tire los geranios moribundos y compre flores nuevas, pero ya sabes cómo es.

Mis padres han decidido no arriesgarse a cocinar la primera vez que invitaban a Emma a casa, hacer una excepción a la dieta vegetariana y comprar canelones de bacalao en el mercado. Nosotras hemos traído una ensalada de rúcula y endibias, y ya los había avisado de que lo mejor sería elegir un postre sin ningún fruto seco. Emma ha cortado cada canelón en cuatro partes iguales y se los ha comido metódicamente, pero solo yo me he dado cuenta. Y ni mi padre ni mi madre han dicho nada parecido a: ¿Te parece que ser azafata de vuelo es un trabajo con futuro? ¿No es muy cansado? Se

han limitado a preguntarle cuántos idiomas habla y cuáles son sus rutas de vuelo preferidas.

Cuando mi madre y Emma vuelven al comedor, ya tenemos cuatro tazas de rooibos preparadas. La mía tiene estampada una imagen de Kate Middleton y el príncipe Guillermo el día de su boda que me trajo Irene de Londres un verano, hace mil años, y que mis padres se niegan a tirar.

—Abril, ¿te ha dicho algo tu abuela del cambio de habitación? —me pregunta mi madre.

Doy el primer trago demasiado pronto y me quemo la punta de la lengua.

—¿Qué habitación?

—Hace unos días le propusieron trasladarse a la planta baja, donde están las habitaciones individuales, y dijo que no.

—¿Por qué?

—Creía que no se llevaba bien con su compañera —me dice encogiéndose de hombros—. Pero ya sabes cómo es. No le gustan los cambios y siempre ha sido muy cómoda.

O quizá nunca ha vivido sola y no quiere empezar a hacerlo ahora, a los noventa años.

—Si está bien donde está…

La taza que utiliza Emma también es un souvenir. Se la compré a mi madre en el FIB de Benicàssim cuando fui al concierto de Red Hot Chili Peppers. Mi padre había estado en contra de dejarme ir, pero ella lo convenció de que me regalaran la entrada cuando cumplí diecinueve años. Dice: «Red Hot Chili Tea». Mi madre no la ha utilizado nunca, pero siempre la saca cuando necesitamos una extra.

Eloi tampoco la utilizó nunca porque creía que beber té era como beber agua sucia.

—Parecía muy contenta el día del acuario —dice Emma en voz muy baja, como si todavía no estuviera segura de poder intervenir.

—Llega un momento en que los abuelos no deben ser los que decidan —dice mi padre—. Abril, cuando me haga viejo, quiero que me metas en la mejor habitación y en la mejor residencia, aunque se me haya ido la cabeza y te repita que no.

Él bebe el rooibos en una taza que le regalaron en el trabajo. Dice: «Dedicados a tu salud», y está decorada con unos triángulos verdes y azules, como si fuera una página de PowerPoint.

—Sería aún mejor que me muriera antes de que tuvieran que trasladarme a algún sitio. Si ya no puedo ir solo al baño, que me dé un ataque al corazón y que sea un adiós rápido.

—¡Papá!

—Son cosas que te planteas cuando te haces mayor y ves que no queda nadie más mayor que tú. Yo todavía tengo a mi madre, pero tu padre es el siguiente al que le toca morirse de su familia.

—Joder, mamá.

Emma creerá que somos una casa de locos.

—Venga, no te asustes —me dice mi madre.

Su taza ya está vacía.

Antes de que a los demás nos haya dado tiempo a terminar, llaman a Emma. Son los de Vueling, les ha fallado un compañero y le han activado el *stand-by*. Vaya, dicen mis padres, y mientras se pone los zapatos le agradecen que haya venido y le hacen prometer que volverá pronto. Ella se lo asegura e incluso le dice a mi madre

que si quiere le enviará una fotografía del fertilizante que utiliza para nuestras plantas.

Cuando el ascensor ya ha empezado a bajar, mi padre me dice:

—Abril, ¿por qué no nos cuentas lo que has estado haciendo exactamente estos meses?

—Sí, es que no acabamos de entenderte, hija.

—¿Por qué dejaste la galería?

—Creíamos que te gustaba.

—Y esta chica es muy maja, muy educada —continúa mi padre—, pero ¿ya habéis pensado que todavía hay brecha salarial y que, si sois una unidad familiar de dos mujeres, estadísticamente tendréis menos posibilidades económicas?

Soy imbécil. He creído que todo había ido genial demasiado pronto.

—¿De verdad eso es lo primero que se te ocurre decirme? —le pregunto.

—Solo nos preocupamos por ti. Nos habías dicho que ese tal Bonaventura es idiota. ¿Te echó? Porque si fue un despido improcedente, podríamos…

—Creía que nunca os había gustado que trabajara en la galería.

—Porque vales más.

—Te mereces algo mejor —se explica mi madre.

—Pero ahora mismo no tenías otra opción. Podrías haber aguantado y haber ido enviando el currículum mientras cobrabas, Abril.

—Sobre todo porque has elegido un mundo… difícil. En el que nosotros no podemos ayudarte.

—¿Y no habéis pensado que quizá no necesito vuestra ayuda?

Como no quiero que me contesten, me vuelvo y voy hacia la mesa del comedor a recoger las tazas. Milagrosamente, se callan.

La última taza que llevo a la cocina es la de mi madre, mi favorita. Cuando tenía doce años y empezaba la secundaria, mi instituto organizó una jornada de puertas abiertas. Había diferentes tipos de actividades y la idea era inscribirse en una con la familia. Mi padre y yo jugamos al voleibol. Mi madre eligió un taller de pintar cerámica. Aún no sé cómo los convencí de que vinieran. Siempre decían que odiaban los encuentros para padres de alumnos porque se sentían viejos. Tampoco volvieron nunca más. Pero ese año mi madre y yo pintamos dos tazas gemelas: ella con flores verdes y rosas, y yo con flores amarillas y azules. Al final, la suya quedó mejor, por supuesto. Nunca he sabido dibujar. Dos semanas después, cuando fuimos a recogerlas ya cocidas y vio que no me gustaba nada la mía, nos las intercambiamos. Pero la que ha sobrevivido al paso del tiempo ha sido la fea.

—Me da igual que dos mujeres cobren menos —digo mirando la taza—. Emma es genial. Si todavía no lo habéis visto, ya lo veréis. Y la galería… —Podría dejarla caer al suelo y que se hiciera mil pedazos—. La galería me gustaba mucho, aunque a veces también la odiaba. En eso tenéis razón, me merezco un trato mejor.

Mientras lo digo, me doy cuenta de que tal vez mis padres nunca entiendan lo que quiero y lo que es mejor para mí, aunque ellos también quieran lo mejor para mí. Quizá sea en parte culpa mía por no explicárselo bien. Por no haber dicho todavía: Me han ofrecido un trabajo en Madrid. Por no haber dicho en septiembre: Estoy al borde del colapso y no sé cómo comunicárselo a Bonaventura para que lo entienda de una puta vez. Por no decir ahora: Quizá soy un poco

como mi abuela, y eso no es malo. No pasa nada por preferir la habitación pequeña y compartida.

Meto la taza en el lavavajillas, la pastilla de jabón, y lo pongo en marcha.

Cuando vuelvo a mirar a mis padres, ellos ya han tenido toda una conversación silenciosa y han decidido que quizá hoy tengo razón, porque se acercan a mí y me dan un abrazo.

—Venga, ahora que te han robado a Emma unas horas, quédate a ver una peli. ¿Quieres?

14

Mi abuela nos espera en el patio de la residencia, envuelta en una bufanda blanca que le da dos vueltas enteras al cuello, tomando el sol. No hay nadie más. Hace un poco de frío y es martes por la mañana, así que la mayoría de los visitantes habituales están trabajando y los demás residentes han preferido quedarse dentro jugando a las damas.

Es la segunda abuela a la que visitamos hoy. A primera hora hemos ido al hospital, donde la abuela de Emma ya está casi recuperada del todo, y nos la hemos encontrado comiéndose un yogur de piña y charlando con el enfermero.

—Vamos —digo flojito, solo para nosotras, y Emma asiente con la cabeza—. ¡Abuela!

Mi abuela Lolita abre los ojos y se lleva la mano a la frente para hacerse sombra.

—¿Ya estáis aquí?

Me agacho para darle un abrazo y un beso mientras Emma va a buscar un taburete que hay más allá y lo coloca delante de la silla de ruedas. La bufanda huele a suavizante, pero igualmente detecto la colonia de mi abuela por debajo, la que se ha puesto siempre, y antes de perder el valor, le digo:

—¿Te acuerdas de Emma?

—Claro. Hola, Emma.

—Pues quería contarte que es mi novia.

—Ah, mira.

Por un segundo, ni Emma ni yo sabemos qué decir y nos quedamos paradas, de pie delante de ella, esperando algo más.

—¡Sentaos, que si no, no os veo!

Nos sentamos.

—¿Cuánto te debo? —me pregunta señalando la bolsa de la pastelería Foix que todavía me cuelga de la mano.

—¡Nada!

Entre el hospital y la residencia hemos ido a comprar conchas de chocolate porque es casi Navidad, es tradición, y aunque mi abuelo ya no esté, hay cosas que no deberían cambiar. También le he comprado una tarta Sacher para que la comparta con sus compañeras de planta. ¡Tachán!, digo cuando la saco.

Negando con la cabeza, mi abuela busca el monedero, que lleva escondido entre el muslo y la silla de ruedas, y saca dos billetes de veinte.

—Que no, que es un regalo —le digo indignada.

—A tu edad no tienes que pagar por los pasteles, Abril. ¡Tienes que comértelos!

La batalla dura pocos segundos. Sé que si sigo insistiendo se enfadará de verdad, y de todas formas todavía no tengo trabajo. Aún no he dicho que sí.

—Hoy vuelves a venir muy arreglada —le dice mi abuela a Emma observándola y dando por zanjado el asunto—. Ser presumida es bueno. Yo también lo he sido siempre un poco. Me gustaba pintarme. Ahora hago lo que puedo, ya lo ves.

—Abuela, tú tienes la suerte de que eres guapa.

—Bah, qué dices. Antes sí que lo era, cuando estaba en forma. Emma, ¿sabías que a nosotros siempre nos gustó mucho la bicicleta? Es una pena que no hayas conocido a mi marido. Él sí que era guapo.

—Abril me habla mucho de él —le dice Emma.

—¿Verdad que tu abuelo era guapo?

—Mucho.

—Y era muy deportista. La bicicleta siempre le había gustado. Formábamos parte de un grupo de Sarrià, y cada sábado salíamos a las siete de la mañana e íbamos al Tibidabo. En bicicleta es una buena subida, aunque no lo parece. A mí me gustaba cuando íbamos en tándem, porque así no tenía que preocuparme tanto y pedaleaba más tranquila.

—¿No es mucho más difícil maniobrar? —le pregunta Emma.

—No creas. Tendríais que probarlo, es divertido. Andreu hacía excursiones más largas, él que sabía. Aunque teníamos coche, incluso cuando tenía que ir al despacho o hacer visitas de obra, prefería coger la bicicleta. ¿Dónde habrá ido a parar la que guardaba en el garaje? ¿La plaza de parking también se la han quedado los que han alquilado el piso?

—Creo que sí, pero la bicicleta la tiene Roger. Cuando nos vemos, la trae.

Mi abuela sonríe.

—Bien.

Me extiende la mano y yo se la aprieto. Todavía le cuesta hablar de mi abuelo. Tantos años juntos conociéndose, queriéndose y haciendo excursiones. Qué regalo, y qué vacío no tenerlo.

Veo que cierra los ojos unos segundos y finge que vuelve a tomar el sol. Cuando los abre, mira la morera pelada que nos hacía sombra este verano y el haz de ramas recortadas que el jardinero ha dejado en el suelo. Pese al frío, hace un buen día.

—La verdad es que lo mejor de subir una montaña en bicicleta —me dice guiñándome un ojo— es la bajada.

De vuelta a casa me decido.

Abro el correo y veo que la invitación nos convoca a las ocho de la tarde. Tengo mucho tiempo. Tengo tiempo de contarle mi plan a Emma y que me diga que estoy loca. Tengo tiempo de maquillarme y hacer una lista mental de pros y contras. También tengo tiempo de dudar, de sentarme en el sofá y de volver a tomar la misma decisión.

Es un disparate. De esos que ves hacer a las protagonistas de las películas de terror: ¡No abras la puerta! ¡No bajes al sótano! ¡Haz las maletas ahora que es de día y vete! Pero si elijo la opción correcta solo porque es la correcta, dentro de seis meses me levantaré un día en Madrid y sentiré unas ganas terribles de coger el AVE. Sabré que solo estoy allí porque no me atreví a pedir lo que debería haber pedido hace tiempo.

—Abril, Abril, Abril —me dice Bonaventura cuando entro a la galería—. ¡Qué bien que hayas podido pasarte por aquí!

He llegado una hora y media tarde, que, según mis cálculos, es la hora de llegada perfecta: a las siete Bonaventura ha empezado a beber, a las ocho han abierto las puertas, a las ocho y media han aparecido los cuatro clientes con potencial, a las nueve han aterrizado los buitres alcohólicos y ahora Bonaventura ya ha pasado

de intentar vender algo a emborracharse. A las diez Lucy anunciará que no queda vino y echará a todo el mundo.

—¿Tienes gin-tonics? —le digo a modo de saludo, y le encanta.

—¡En el almacén! Como si estuvieras en tu casa, ya sabes dónde está todo.

De camino me detengo a comerme una ostra. Es lo único de catering que Bonaventura contrata siempre: una persona con dos cubos atados al cinturón, uno lleno de ostras Gillardeau cerradas y el otro para las conchas. La chica a la que han enviado hoy me conoce de inauguraciones anteriores y me dice:

—Te doy la última si me preparas un café, que no puedo más.

La gente que está haciendo cola refunfuña, pero ahora mismo ella tiene el poder absoluto. Le preparo un café en la Nespresso del almacén y le echo un chorrito de Baileys.

—¿Ha venido mucha gente? —le pregunto mientras me sirvo una copa muy llena de tónica y con tan poquito gin que no se le puede llamar gin-tonic.

—No. Al principio ha costado que se llenara. Hay días que a las nueve ya puedo marcharme.

O sea, que hoy solo han venido buitres. Tampoco me extraña, viendo lo que han decidido colgar: unas fotografías de animales salvajes salidas directamente de las páginas del *National Geographic* pero retocadas con Photoshop para añadirles un puñado de chicas desnudas con pelo al estilo Adán y Eva, lo bastante largo para taparles apenas las partes más comprometidas. También he visto a algún hombre, aunque en menor cantidad, montado desnudo en una cebra. ¿A quién se le ocurre? Ni Bonaventura puede tener tan mal gusto. El fotógrafo debe de ser el hijo de algún conocido de su

padre, y por eso la inauguración es un martes. Todo el mundo sabe que las buenas inauguraciones son los jueves.

La chica de las ostras me da las gracias por el café, que se ha bebido de un solo trago, y se desabrocha el cinturón cargado de conchas Gillardeau, lista para huir de aquí. Yo preparo un segundo gin-tonic, este muy cargado.

Vamos.

Lo encuentro hablando con Lucy, que hoy hace de camarera y no da abasto. Cuando Bonaventura ve que llevo dos gin-tonics, uno para mí y otro para él, pone ojos de sentirse comprendido en este mundo.

—Eres un ángel del cielo.

Es tan exagerado… Espero que vuelva a casarse pronto para que canalice su babosidad y nos deje a las demás tranquilas.

—¿Qué me cuentas? —me pregunta después del primer trago.

—Que me he graduado —le contesto como si la última vez que hubiéramos hablado hubiera sido hace dos días.

Quizá él no tenga presente, como yo, nuestra conversación del día que dimití.

—Eso son buenas noticias.

—Sí. En enero me darán el título.

—Enhorabuena.

Sí que se acuerda. Pero estoy preparada y he venido con tiempo. Levanto la copa para brindar y me trago la mitad de la tónica de golpe. Él me imita.

—Lucy, ¿te ayudo? —digo entonces, como si fuera lo más natural del mundo.

Y me pongo a recoger copas y a llevarlas al almacén para fregarlas, y a pedir a la gente que vaya marchándose, por favor, que deberíamos haber cerrado a las diez. Cuando solo quedamos nosotros tres, le digo a mi excompañera que me muero de hambre. Que hoy no he tenido tiempo de cenar porque estaba muy liada. ¿Y tú? ¿Quieres que vayamos a picar algo juntas?

—Chicas, chicas. Pedimos un Glovo, que yo también tengo hambre. No me abandonaréis ahora, ¿o sí?

Creo que desde hoy Lucy me va a odiar. Pone cara de que lo último que quiere en este mundo es tener que pasar más horas en la galería cenando con su jefe.

—¿Invitas tú? —le pregunto a Bonaventura—. Si invitas, me quedo y te preparo otro gin-tonic.

Cuando se ríe, se le hincha la papada.

Nadie que trabaje en el sector cultural dice que no a comer gratis, así que Lucy se queda, bebemos otra ronda de gin-tonics, devoramos el curry de coco que hemos decidido repartirnos y nos hinchamos a *garlic naan*. Cuando ella ya se ha marchado, le preparo un último gin-tonic a Bonaventura antes de atacar.

—Me han ofrecido un trabajo.

Silencio.

—En otra galería.

—¿Quién? —me pregunta por fin.

—Los de Lateral Gallery.

Su cerebro casi hace ruido: Lateral. Gallery. Oferta. Abril. ¿Inconveniente? ¿Oportunidad? ¿Beneficio?

—Pero, Abril, ¿esos no venden muebles?

Me mira con los ojos oscuros, como si todavía tuviera hambre. Como si de repente todo el alcohol que ha tomado en las últimas horas se hubiera evaporado y estuviera sobrio. Es la práctica, supongo.

—Abrirán un segundo espacio en Madrid, y sería un puesto a jornada completa. Solo quería decírtelo. No creo que nos crucemos en ninguna feria. Es otro rollo.

—Lástima de talento… ¿Cuánto te han ofrecido?

—Veintiocho mil brutos.

—Miau.

Es la verdad, y él lo sabe. Nunca habría venido con una oferta inventada. Es un mundo demasiado pequeño.

—Creo de verdad que vendiendo muebles te aburrirás…

—Hombre, tienen cosas interesantes. Y parece que saben moverse.

—Ya te dije que aquí, conmigo, tienes un sitio. Puedo ofrecerte veinticuatro mil.

¿Nunca ha visto películas? ¿O no ha leído libros?

—¿Por cuarenta horas?

—Y un dos por ciento de comisión sobre tus ventas.

Dos por ciento. Lo digo mentalmente e intento calcular qué significa en realidad. En números que entienda. De cien serían dos euros. De mil, veinte. Si vendiera un cuadro de diez mil euros…, doscientos.

Antes de que pueda decirle que es una rata de alcantarilla, llaman al timbre. Debe de ser Lucy, que ha olvidado algo. Pero ¿no tiene llaves? Nos acercamos al cristal y nos encontramos a un matrimonio

de mediana edad saludando con la mano, ambos vestidos muy elegantes.

La última vez que los vi iban con sandalias y acompañados de sus hijas, pero los reconozco. Son el doctor King Jr. y su mujer, Meredith. Los recuerdo porque dudaron durante meses si querían comprar o no una escultura de Bassa, hasta que al final dejaron una paga y señal para reservarla y nos pidieron que se la guardáramos hasta Navidad, que volverían a estar en Barcelona. Meredith me contó en uno de los últimos correos que ella estaba convencida, pero que su marido necesitaba volver a experimentar la pieza en directo.

Bonaventura también los reconoce, porque abre la puerta enseguida.

—*Welcome, welcome!* ¿Qué hacéis por aquí?

Han ido a cenar al Koy Shunka, por descontado.

—¡*April*, tú también estás aquí! —dice el doctor al verme.

—¿Cómo estáis? ¡Cuánto tiempo! ¿Habéis venido a recoger la escultura?

—¡Ay, *darling*! ¡Vinimos a verla ayer! Pero ¡es demasiado grande! —dice Meredith como si no acabara de creérselo.

—Mi mujer se compró un piano de cola nuevo hace poco, y ahora hemos visto que el espacio donde teníamos pensado poner vuestra escultura queda demasiado justo. Pero quería verla por última vez, para despedirme.

Un clásico. Ventas que te pasas meses y meses trabajándote y que al final no llegan a nada. Vender el tipo de arte que vende Bonaventura es como ir a ligar a una discoteca: la mejor manera de hacerlo es cerrar el trato cuando os acabáis de conocer y las luces y el alcohol te hacen pensar que todo el mundo es un poco más

guapo. Si tienes unos clientes que se enamoran de un cuadro, lo ideal es que decidan pagarlo y llevárselo antes de que tengan tiempo de volver a casa, comprobar que las vacaciones ya les han salido bastante caras y darse cuenta de que las pinceladas que los emocionaron después de beber demasiada sangría al sol en Barcelona no son tan especiales.

Bonaventura no está contento. Es obvio que ayer Lucy no le informó de que habían venido, y menos aún de que decidieron no comprar. Quizá ella no los ha dado del todo por perdidos.

—Siempre hay más de un sitio donde poner una escultura —empieza a decir Bonaventura—. Podríais colocarla sobre el piano, si es necesario.

Es un impaciente y no tiene el don de la diplomacia. O quizá ya nota los gin-tonics con los que lo he atiborrado.

—¡Un piano de cola! Claro —le digo a Meredith—. Eres pianista, ¿verdad?

—¡Qué memoria! Sí, hemos venido porque mañana tengo un concierto.

—Qué lástima que sea demasiado grande… Recuerdo que os gustó Bassa porque siempre incorpora la música en sus esculturas.

—Es extraordinario cómo corta los pentagramas en el mármol y cómo consigue que un material tan pesado parezca ligero. ¿No crees, James?

—Totalmente.

—¿Cuál es vuestra canción favorita? —continúo mirando de reojo a Bonaventura, que ha decidido dejarme hacer.

—¡Uy, qué pregunta tan difícil! —dice ella.

—Para mí siempre será la canción que tocaste el día de nuestra boda, Mer.

—«Se piangi, se ridi». Ay, sí. Qué recuerdos.

Míralos, qué enamorados. Ricos y enamorados.

—¿Sabíais que Bassa a veces hace esculturas por encargo? Podríamos contarle vuestro caso y pedirle que hiciera una un poco más pequeña, que os quepa al lado del piano, y que incorpore vuestra canción.

Meredith se lleva la mano al pecho. ¡Oh, *darling*! Y el doctor King Jr. abre la cartera.

Cuando se marchan, Bonaventura me coge por los hombros.

—Te echábamos de menos —me dice.

Yo había echado de menos la sensación eléctrica en el estómago cuando consigo que alguien desembolse el precio de un coche así, de golpe.

—Cinco por ciento —le digo.

—Abril…

Es un Abril resignado, lleno de alcohol que le atasca la lengua y (espero) le empeora la capacidad negociadora.

—Y esta es la primera venta que cuenta.

—Cuatro por ciento.

Siempre debe tener la sensación de que gana, es como un niño. Emma me ha dicho que no entiende por qué querría volver a trabajar con él. Que a ella le bastó y le sobró con el día que lo conoció. Pero todo el mundo, tanto Emma como mis padres y mi abuela, cree que tengo más opciones de las que tengo. Y opciones hay: si quisiera dejar de jugar al Monopoly y me trasladara a vivir a una comuna de hippies, o si cambiara de sector y me hiciera

programadora; si quisiera marcharme a Madrid, o a Ámsterdam, o a Nueva York. Pero si lo que necesito es pagarme el alquiler en Barcelona…

—De acuerdo.

—Hecho. ¡Bienvenida de nuevo al circo! —me dice gritando un poco más de la cuenta.

—Espera. Quiero hacer tres días en la galería y dos días garantizados de oficina. ¿O ya has encontrado a alguien que te lleve las ferias?

—Si lo quieres, es tuyo. Pero serían menos oportunidades de venta…

—También quiero un contrato con el convenio que me corresponde. ¡Y un número de empresa!

Y viajar, y llegar a comer sushi en Tokio algún día. Quiero vender cuadros que me gustan, y también cuadros que me parecen horribles, porque es divertido. Quiero ganar lo suficiente para escaparme a Berlín un fin de semana cualquiera y salir de fiesta con Irene. Quiero que mis padres entiendan que les agradezco que me obligaran a aprender francés, pero que ahora me toca a mí decidir si sigo practicándolo. Quiero trabajar aquí y vivir con Emma. Quiero poder ir a ver a mi abuela cada vez que tenga un momento, porque sé que no estará siempre.

Aprieto los puños para que no me tiemblen las manos.

Tenerlo todo tan claro casi me da miedo. Es un poco como morirse.

—De acuerdo —me dice—. En el fondo ya sabes que yo, a ti, nunca puedo decirte que no.

No quiero morirme al lado de Bonaventura. Por suerte, solo tendré que aguantarlo hasta que me convenga. A mí.

Agradecimientos

Gracias:

A mis padres, por descubrirme el mundo de los libros y apoyarme siempre. También a David, por escucharme hacer y deshacer cada detalle de esta novela sin protestar (casi) nunca. A Sílvia, Mercè y Guillem, por ser mis primeros lectores. A Paula, por no dudar nunca que podía conseguirlo. A Ainoa, porque vio claro antes que yo que llegarían buenas noticias. A Raquel, por Corea. A Josephine, por Dientes de Leche.

Gracias a Manel de la Rosa, Ramon Erra y Albert Lladó, por los consejos, y a todos los compañeros del Ateneu, por los comentarios. Durante tres años, el lunes fue el mejor día de la semana. Gracias en especial a Laura, por todo lo que ha venido después.

Sin Núria, que amó a Abril a primera vista, Teresa y el equipo de The Foreign Office, este libro seguiría siendo solo un sueño; gracias por hacerlo aterrizar. Gracias también a Núria Puyuelo, por la confianza, y a todo el equipo de Penguin Random House que ha trabajado en él.

Por último, gracias a mi abuela Lolita, por todos los ratos que pasamos juntas en el jardín y sin los cuales esta historia no sería como es. Te quiero y te echo de menos.

Si eres joven y compartes piso, esta novela es para ti



Abril está desesperada. Después de tres años de relación, Eloi la ha dejado y encima… ¿cómo pagará ahora el alquiler? Sin dinero y sin novio, decide que, por ahora, no va a decir nada a nadie, y menos a su familia. A sus veinticuatro años tiene que aguantar a un jefe insufrible y resignarse a unas condiciones de trabajo precarias. ¿De esto le han servido sus estudios en Historia del Arte? Mientras su vida se desmorona por momentos, Abril no tendrá más remedio que buscar a alguien con quien compartir su piso. Una azafata de vuelo se convertirá en su principal candidata. Una chica con sus particularidades. Se anuncian turbulencias.

Carlota Font Castelló (Barcelona, 1998) es graduada en Estudios Literarios y tiene un máster en Gestión Cultural y Comisariado Artístico. Vivió durante cinco años en Ámsterdam, hasta que se cansó de empezar proyectos de novela que acababan en el cajón y decidió volver para formarse como escritora en el Ateneu Barcelonès. Ahora vive, trabaja y escribe en Barcelona. También escucha pódcast de terror en el gimnasio, compra más libros de los que le caben en casa y todavía no ha aprendido a conducir.



Título original: *Es lloga habitació*

Primera edición: septiembre de 2025

© 2025, Carlota Font Castelló
La edición de este libro se ha negociado a través de The Foreign Office Agencia Literaria, S. L.
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2025, Noemí Sobregués Arias, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Begoña Berruezo
Fotografía de portada: © Malte Mueller / Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. En caso de necesidad, contacte con:
seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-9129-452-8

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @sumadeletras
Instagram: @sumadeletrased
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Se alquila habitación
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Carlota Font Castelló
Créditos